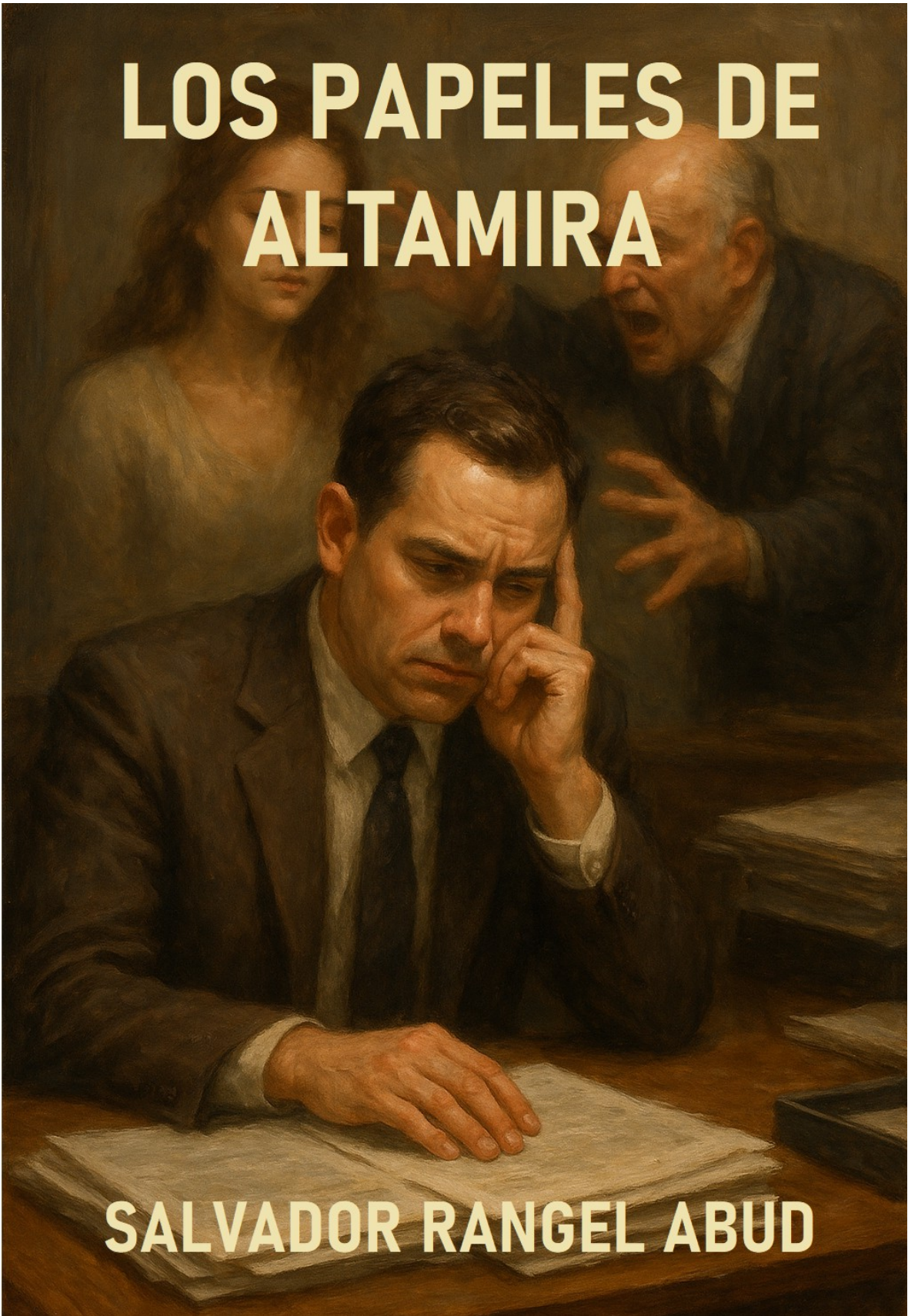


LOS PAPELES DE ALTAMIRA



SALVADOR RANGEL ABUD

LOS PAPELES DE ALTAMIRA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Marcos Santillana no es periodista. Tampoco detective. Durante veintitrés años ha sido lo que en la Fiscalía General de la República llaman personal de apoyo administrativo: el invisible. El que sella papeles sin leerlos, archiva carpetas sin preguntar, camina por pasillos grises llevando documentos de un escritorio a otro como un fantasma con credencial. Veintitrés años moviendo papeles que documentan la descomposición de un país.

Todo cambia cuando Jova Naredo, analista de la Unidad de Delitos Ambientales, le muestra lo que nadie quiere ver: facturas por millones de pesos de empresas inexistentes, contratos de fletamento para buques fantasma, transferencias bancarias hacia paraísos fiscales. Todo firmado, sellado, legalizado. Todo limpio en apariencia. Todo podrido por dentro. Un esquema de huachicoleo marítimo en el puerto de Altamira que conecta a funcionarios de la Fiscalía con redes de lavado de dinero, cobijado por el fiscal titular de la unidad y protegido desde las cúpulas del poder.

Jova desaparece semanas después. Encuentran su cuerpo en un caño cerca de Altamira con señales de tortura que los forenses prefirieron no describir. El caso se vuelve mediático tres días y después se esfuma como si nunca hubiera existido. Lo que no desaparece es el cuaderno de pasta dura donde Jova anotaba todo con letra pequeña y precisa, del que Marcos guarda copias en un lugar que nadie conoce.

Los Papeles de Altamira es la historia de cómo un hombre invisible aprende a ser visible, de lo que cuesta negarse a ser parte del sistema que uno ha alimentado durante décadas sin saberlo, y de la única forma de justicia que le queda al que no tiene poder, armas ni credenciales: escribir, documentar, dejar constancia. La historia continúa.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene la desaparición y asesinato de una funcionaria pública que intentó denunciar corrupción institucional, narrados desde la perspectiva de quien la amó y no pudo protegerla. Contiene corrupción sistémica en la Fiscalía General de la República, huachicoleo marítimo como esquema de crimen organizado institucionalizado, amenazas a testigos, y la descripción de cómo funciona el silencio burocrático como mecanismo de encubrimiento. Contiene también esperanza: no la del final resuelto sino la del guardián incómodo que sigue archivando verdades peligrosas, esperando el momento correcto o la persona correcta. La nota final del autor advierte que esta historia está basada

en hechos reales que ocurren todos los días en México. Los nombres han sido cambiados. La esencia es verdadera.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En Los Papeles de Altamira convergen cuatro décadas de experiencia en instituciones públicas mexicanas y un conocimiento de primera mano de cómo funcionan los mecanismos de silencio burocrático que convierten la corrupción en procedimiento normal. El archivista que narra esta novela es un personaje literario, pero su lógica —la del que sabe demasiado, puede muy poco y decide de todas formas dejar constancia— es la lógica de miles de funcionarios menores que han visto cosas que nadie quiere que se vean. El esquema de huachicoleo marítimo que Jova investiga no es invención: sus mecanismos, sus actores y su protección institucional son verificables en registros públicos y expedientes judiciales. Esta novela es el intento de que esos expedientes no terminen en el mismo archivo donde empezaron.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Los Papeles de Altamira

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller político / Novela de denuncia / Ficción burocrática

Extensión: ~22,400 palabras aproximadamente

Estructura: 11 capítulos + Epílogo

Ambientación: Ciudad de México — Altamira, Tamaulipas — México contemporáneo

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela quiso ser simultáneamente thriller político, retrato de la burocracia como ecosistema moral, historia de amor imposible entre dos personas que eligieron la verdad en un sistema diseñado para castigarla, y denuncia del huachicoleo como crimen organizado institucionalizado que opera dentro y con la complicidad de las estructuras del Estado.

El personaje de Marcos Santillana no es un héroe. Es algo más interesante y más honesto: un hombre que pasó veintitrés años siendo cómplice pasivo del sistema al que sirve, y que en el momento decisivo elige no serlo más. Esa elección no lo salva todo, no le devuelve a Jova, no derriba la red de corrupción que la mató. Pero le devuelve algo que había perdido sin saber cuándo: la dignidad de ser visible.

El mensaje final no es optimismo. Es persistencia. Hay miles de Jovas muriendo en silencio. Hay miles de Marcos aprendiendo a ser invisibles. Y hay unos pocos Gabrieles que siguen arañando. Esta novela es para todos ellos. Y para los que vendrán después. Porque mientras alguien siga preguntando, siga anotando, siga haciendo ruido, la historia continúa.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

huachicoleo · corrupción en fiscalía · Altamira · Tamaulipas · thriller político · burocracia · denuncia institucional · desaparición forzada · crimen organizado · lavado de dinero · México · funcionarios públicos · periodismo · testigos · novela en español

TEMAS PRINCIPALES

Los Papeles de Altamira es una novela sobre la burocracia como ecosistema moral: un lugar donde el silencio no es cobardía sino estrategia de supervivencia, donde la complicidad no es maldad sino rutina, y donde la decisión de dejar de ser invisible tiene un costo que el sistema cobra con precisión implacable.

A lo largo de sus once capítulos y epílogo, la novela explora la anatomía del testigo incómodo: Marcos no busca ser héroe, no tiene entrenamiento ni recursos ni conexiones. Tiene copias fotostáticas de un cuaderno de pasta dura y el recuerdo de una mujer que creyó que su trabajo servía para algo. Con eso, y con la amistad de un periodista que sigue haciendo preguntas incómodas, construye la única denuncia que puede construir.

La novela examina también el huachicoleo como crimen de Estado: no como actividad de grupos criminales externos que corroen una institución limpia, sino como operación que existe dentro de la estructura institucional, protegida por ella y por funcionarios que han confundido el cargo público con territorio de extracción privada. Jova Naredo no muere por descubrir un secreto bien guardado: muere porque ese secreto no estaba tan oculto, sino que contaba con la protección de quienes debían investigarlo.

Los Papeles de Altamira es también una novela sobre el amor como forma de responsabilidad: Marcos no arriesga su vida por civismo ni por vocación periodística. Lo hace porque Jova merece que alguien termine lo que empezó. Esa motivación personal, pequeña y honesta, es más poderosa narrativamente que cualquier heroísmo abstracto.

La novela explora finalmente la persistencia como única victoria posible: no hay derrota total del sistema, no hay condena del responsable principal, no hay justicia perfecta. Pero hay una Patricia Osuna con un cuaderno de pasta dura y letra pequeña, y eso es suficiente para que la historia continúe.

CITAS DESTACADAS

"Si van a matarme por escribir esto, al menos que sepan quién fue el que se atrevió a contarlo."

"Veintitrés años moviendo papeles que documentan la descomposición de un país."

"Los que trabajan aquí aprenden pronto el arte de no mirar. Aprenden a sellar sin leer, a firmar sin entender, a obedecer sin preguntar. Algunos incluso aprenden a dormir con la conciencia tranquila. Yo no."

"Usted es el único aquí que no forma parte del sistema. Porque lleva más de veinte años y nunca ha pedido mordida. Porque es invisible... y a veces la invisibilidad es la mejor protección."

"Ya no soy el hombre invisible. Tampoco soy un héroe. Soy el guardián incómodo."

"Mientras haya Patricias y Jovas y Gabrieles, mientras haya gente que siga haciendo preguntas incómodas y anotando verdades peligrosas, el sistema no puede ganar completamente."

"Esta historia continuará. Porque siempre continúa."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en Los Papeles de Altamira un territorio narrativo cercano, con el anclaje burocrático mexicano y la especificidad del crimen organizado institucional que le son propios.

Franz Kafka (El proceso, El castillo): la burocracia como laberinto donde las reglas existen para proteger el sistema, no a las personas, y donde la inocencia o la honestidad no ofrecen ninguna ventaja frente a un mecanismo diseñado para perpetuarse a sí mismo.

Juan Rulfo (Pedro Páramo): la narrativa mexicana que convierte la culpa colectiva, el silencio y la complicidad en clima moral de un lugar, donde los vivos y los muertos habitan el mismo espacio y los segundos tienen tanto que decir como los primeros.

Elmer Mendoza (Balas de plata, Un asesino solitario): el thriller sinaloense —y por extensión mexicano— donde el crimen organizado y las instituciones del Estado no son fuerzas opuestas sino ecosistemas que se interpenetran, y donde la frontera entre el servidor público y el cómplice es tan delgada que casi no existe.

Giorgio Agamben (conceptualmente): la figura del hombre invisible como paradigma político: aquel que el sistema necesita para funcionar pero que no puede reconocer sin revelar cómo funciona, y que en el momento en que decide volverse visible se convierte en amenaza existencial para la institución que lo empleó.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, Los Papeles de Altamira es la novela más íntima de su obra de denuncia: donde las otras novelas de la serie observan sistemas desde afuera o desde posiciones de relativa visibilidad, esta narra desde el interior más anónimo del aparato institucional, desde el archivista que sabe que los papeles no mienten aunque quienes los firman sí lo hagan.

LOS PAPELES DE ALTAMIRA: LO QUE LA NOVELA DENUNCIA Y PROPONE

Lo que Jova descubre y Marcos documenta en la novela no es ficción especulativa. El huachicoleo marítimo es una modalidad de robo de combustible documentada por Pemex, la Secretaría de Energía y organismos internacionales de seguridad portuaria desde al menos 2018, con pérdidas estimadas en miles de millones de pesos anuales.

El huachicoleo marítimo como crimen institucionalizado: a diferencia del huachicoleo terrestre —que implica tomas clandestinas en ductos—, la modalidad marítima requiere complicidad de funcionarios portuarios, aduaneros y de la propia Fiscalía para operar. Los mecanismos descritos en la novela —buques con manifiestos alterados, empresas fantasma como intermediarias, fiscales que archivan expedientes por instrucción superior— corresponden a patrones identificados en investigaciones reales que rara vez llegan a juicio.

La Fiscalía como zona de impunidad: México carece de mecanismos efectivos de control interno en la Fiscalía General de la República que sean independientes de la propia institución. El órgano de control

interno reporta a la misma estructura que debe supervisar. El resultado es que las denuncias internas —como la de Jova— son conocidas casi de inmediato por quienes son denunciados.

La desaparición de denunciantes como estrategia de gestión institucional: la desaparición y asesinato de funcionarios que documentan irregularidades dentro de sus propias instituciones es un patrón reconocible en la historia reciente de México. La protección legal efectiva de denunciantes internos en el sector de seguridad pública es prácticamente inexistente.

Lo que sí funciona: el periodismo de investigación como contrapeso. La novela propone que la única protección real disponible para quien descubre corrupción institucional en México es la visibilidad pública inmediata, antes de ser silenciado. El modelo Gabriel Cardenal — publicar, nombrar, hacer ruido— no es heroico ni suficiente, pero es verificablemente más efectivo que los canales institucionales de denuncia.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Marcos pasa veintitrés años siendo cómplice pasivo de un sistema corrupto sin considerarse corrupto. ¿En qué momento la omisión se convierte en complicidad? ¿Existe una diferencia moral entre quien firma los papeles y quien los mueve sin preguntar?

Jova elige a Marcos como aliado precisamente porque es invisible y nunca ha pedido mordida. ¿Es la honestidad pasiva —no participar activamente en la corrupción— suficiente para considerarse íntegro en un sistema corrupto?

El fiscal Dionisio Estrada le dice a Jova: "El análisis técnico dice lo que yo digo que dice." ¿Cómo sobrevive la verdad técnica en instituciones donde la autoridad puede redefinir la realidad por decreto?

El epílogo muestra a Patricia Osuna con un cuaderno de pasta dura, repitiendo el mismo patrón que costó la vida a Jova. Marcos no intenta disuadirla, solo le da consejos de supervivencia. ¿Es eso responsabilidad o complicidad con un sistema que seguirá devorando a las Patricias y las Jovas?

La novela termina sin que el responsable principal sea procesado. ¿Puede llamarse justicia a un proceso que expone el crimen, cambia la conciencia pública y no produce condenas? ¿O es eso exactamente lo que la ficción puede ofrecer que el sistema judicial no puede?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). Los Papeles de Altamira. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. Los Papeles de Altamira. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Los Papeles de Altamira. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política, la novela coral carcelaria, el bildungsroman romántico, la comedia de misterio colonial, el thriller arqueológico especulativo, la sátira histórica y —como demuestra esta entrega— la novela de denuncia y propuesta que usa la ficción para decir lo que los informes técnicos no saben comunicar y las instituciones no quieren escuchar. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay miles de archivistas en las fiscalías, secretarías y organismos del Estado mexicano que han visto lo que Marcos Santillana vio. Que han movido los papeles que documentan el robo, la complicidad y la impunidad. Que han aprendido el arte de no mirar porque no mirar es lo que se necesita para sobrevivir en esos pasillos.

Los Papeles de Altamira es una ficción. Marcos y Jova no existen. Pero el cuaderno de pasta dura sí existe, en miles de cajones bajo llave en miles de oficinas donde alguien decidió anotar lo que no debía anotar y guardarlo donde nadie pueda encontrarlo.

La pregunta que esta novela deja abierta no es técnica ni jurídica. Es moral: ¿cuántos cuadernos tienen que permanecer cerrados en cajones, cuántas Jovas tienen que morir con su letra pequeña y precisa, antes de que el sistema decida que proteger a quienes documentan la verdad es menos costoso que seguir eliminándolos?

Hay un archivista en alguna fiscalía que ya empezó a sacar copias.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

LOS PAPELES DE ALTAMIRA

Capítulo 1. Por qué lo cuento

Capítulo 2. El hombre invisible
Capítulo 3. Señales de alarma
Capítulo 4. La desaparición
Capítulo 5. La primera grieta
Capítulo 6. El viaje a Tamaulipas
Capítulo 7. Escándalo y silencio
Capítulo 8. La red oculta
Capítulo 9. Amenazas veladas
Capítulo 10. El derrumbe del fiscal
Capítulo 11. La paradoja del sobreviviente
Epílogo: El guardián incómodo

LOS PAPELES DE ALTAMIRA

Capítulo 1

Por qué lo cuento

Me llamo Marcos Santillana. Podría mentir. Podría inventar un nombre falso, una identidad de cartón, de esas que se fabrican en los sótanos de la ciudad para los que huyen o se esconden. Pero ya estoy cansado de mentir. Cansado de ocultarme detrás de expedientes que nadie lee, de oficios que nadie firma, de sellos que se estampan como si pudieran borrar la verdad. Si van a matarme por escribir esto, al menos que sepan quién fue el que se atrevió a contarlo.

No soy periodista. Tampoco detective. Y mucho menos héroe.

Durante veintitrés años he sido lo que en la Fiscalía General de la República llaman *personal de apoyo administrativo*, una forma elegante de decir: **el invisible**. El que sella papeles sin leerlos, archiva carpetas

sin preguntar, camina por pasillos grises llevando documentos de un escritorio a otro, como un fantasma con credencial.

Veintitrés años moviendo papeles que documentan la descomposición de un país.

Los pasillos de la fiscalía son un laberinto sin salida. Un túnel interminable de paredes húmedas que huelen a tinta barata, aire viejo y desinfectante. Cada puerta cerrada oculta un secreto que nadie quiere ver; cada escritorio es un altar de obediencia al absurdo. A veces pienso que si un día dejáramos de mover expedientes, el país entero se derrumbaría. No por falta de justicia, sino porque el absurdo necesita movimiento constante para no volverse insoportable.

Los que trabajan aquí aprenden pronto el arte de no mirar. Se vuelve una segunda naturaleza. Aprenden a sellar sin leer, a firmar sin entender, a obedecer sin preguntar. Algunos incluso aprenden a dormir con la conciencia tranquila. Yo no. No por virtud, sino por falta de costumbre.

Y sin embargo, aquí estoy. Escribiendo en una laptop prestada, en un cuarto de hotel cuyo nombre prefiero no mencionar, en una ciudad que tampoco voy a revelar. Escribiendo porque sé que si no lo hago ahora, si espero un día más, puede que ya no tenga la oportunidad. O puede que ya no tenga los dedos para hacerlo.

La historia que está a punto de leer comenzó hace poco más de un año. Puedo ser preciso con la fecha porque fue en la época, cuando vi por primera vez a Jova Naredo. Era martes. Llovía. Y yo estaba haciendo lo de siempre: nada importante.

Ella trabajaba como asistente de análisis en la Unidad Especializada en Investigación de Delitos contra el Ambiente y Previstos en Leyes Especiales —un nombre tan largo como inútil para una oficina que se suponía debía investigar el robo de combustible en las costas del Golfo. El famoso “huachicoleo marítimo” del que tanto se hablaba y del que tan poco se hacía en realidad.

Jova tenía veintiocho años, ojos negros que parecían guardar secretos y una sonrisa que usaba como escudo. La primera vez que la vi estaba discutiendo con Dionisio Estrada, el fiscal titular de la unidad. Discutían en voz baja, pero yo tengo buen oído. Uno desarrolla buen oído cuando pasa décadas siendo invisible en oficinas donde se susurran cosas que no deberían oírse.

—No podemos cerrar el expediente así, licenciado —decía Jova—. Los números no cuadran. Hay por lo menos seis empresas fantasma involucradas.

—Señorita Naredo —respondió Estrada con esa voz de político que había perfeccionado en treinta años de carrera—, usted no está aquí para cuestionar las decisiones de esta fiscalía.

—Pero el análisis técnico dice que...

—El análisis técnico dice lo que yo digo que dice.

Esa conversación se me quedó grabada. No porque fuera especialmente dramática —en la fiscalía se oyen esas cosas todos los días—, sino porque vi algo en los ojos de Jova que hacía años no veía en nadie: indignación genuina. Como si realmente creyera que su trabajo servía para algo.

Pobrecita.

Empecé a fijarme en ella. No por amor —aunque después llegó eso también—, sino por curiosidad. ¿Qué hacía una persona así en un lugar como este? ¿Cómo había sobrevivido tanto tiempo sin que le mataran las ganas de hacer bien las cosas?

La observaba cuando revisaba expedientes, cuando hacía llamadas, cuando se quedaba hasta tarde analizando documentos que otros habrían archivado sin leer. Tenía una manera particular de trabajar: anotaba todo en un cuaderno de pasta dura, con letra pequeña y precisa, como si cada dato fuera una pieza de un rompecabezas gigantesco que solo ella podía ver completo.

Un día se me acercó. Yo estaba sacando copias en el tercer piso cuando sentí una mano en el hombro.

—Usted es Marcos, ¿verdad? El de archivo central.

—Marcos Santillana —respondí, sin saber por qué agregué el apellido, como si fuera importante.

—Jova Naredo. Mucho gusto.

Me extendió la mano. Tenía dedos largos, uñas cortas, una pequeña cicatriz en el nudillo del índice. Detalles que uno nota cuando ha pasado tanto tiempo sin que nadie lo mire de verdad.

—Necesito un favor —dijo—. Pero tiene que ser discreto.

En la fiscalía, esa palabra pesa. *Discreto* significa nadie puede saber lo que haces. Significa si te cachan, estás solo. Significa esto puede costarte el trabajo, la tranquilidad o algo peor.

—¿Qué tipo de favor?

—Copias. Facturas, contratos, correspondencia... documentos que oficialmente no existen.

Debí haber dicho que no. Pero había algo en su mirada, una urgencia que me recordó lo que se siente estar vivo.

Esa noche cambió mi vida para siempre.

Nos quedamos hasta las once. Ella me mostró documentos que me helaron la sangre: facturas por millones de pesos de empresas inexistentes, contratos de fletamento para buques fantasma, transferencias bancarias hacia paraísos fiscales. Todo firmado, sellado, legalizado. Todo limpio en apariencia. Todo podrido por dentro.

—¿Ve este buque? —me dijo señalando una factura—. El *Salomé Aguirre*. Supuestamente transporta diésel de Altamira a Veracruz, pero según el manifiesto lleva el doble de combustible del que puede cargar.

—¿Y eso qué significa?

—Que están facturando combustible que no existe. O que transportan algo más junto con él. O ambas cosas.

Me mostró más documentos. El patrón se repetía. Una red perfecta para lavar dinero, o para mover mercancía ilegal.

—¿Por qué me enseña esto? —pregunté.

Se quedó callada un momento, después cerró el cuaderno y me miró directamente.

—Porque usted es el único aquí que no forma parte del sistema. Porque lleva más de veinte años y nunca ha pedido mordida, nunca ha vendido información. Porque es invisible... y a veces la invisibilidad es la mejor protección.

—¿Protección contra qué?

—Contra lo que viene después.

No entendí esas palabras hasta semanas más tarde, cuando Jova desapareció, cuando encontraron su cuerpo en un caño cerca de Altamira con señales de tortura que los forenses prefirieron no describir. Cuando el caso se volvió mediático tres días y después se esfumó como si nunca hubiera existido.

Fue entonces cuando recordé su cuaderno. El de pasta dura donde anotaba todo con letra precisa. El que había desaparecido junto con ella, pero del que yo tenía copias fotostáticas guardadas en un lugar que nadie conocía.

Y fue entonces cuando decidí dejar de ser invisible.

No tengo familia. No tengo hijos, ni esposa, ni perro. Solo tengo los recuerdos que me quedaron de una vida que no fue la mía. Y un amigo que tal vez aún me debe una llamada: Gabriel Cardenal.

Lo conocí en la secundaria, cuando todavía creíamos que el país se podía cambiar escribiendo artículos en la pared del baño o repartiendo volantes con poemas de protesta. Gabriel era el que escribía; yo, el que escuchaba. Mientras yo aprendía a sobrevivir entre sellos y oficios, él se hizo periodista. Nunca dejó de ser el tipo que hacía preguntas incómodas. A veces, cuando las cosas se ponían feas en la oficina, me daban ganas de buscarlo. Pero siempre me detenía. Porque los que preguntan demasiado terminan igual que los que responden demasiado tarde.

Tal vez por eso ahora escribo. Porque él tenía razón.

Una vez, hace muchos años, en una cantina del centro, me dijo:

—Cuando todos callen, Marcos, escribe. Aunque sea lo último que hagas. Y aquí estoy. Cumpliendo esa sentencia.

Escribo porque alguien tiene que hacerlo. Porque he visto cómo la verdad se archiva bajo capas de polvo y sellos oficiales. Porque tal vez, si lo cuento, algo cambie. O al menos quede constancia.

Si están leyendo esto, significa que logré terminarlo. Significa que burlé a quienes quisieron silenciarme. O significa que ya estoy muerto y esto es mi testamento.

En cualquier caso, lo que sigue es verdad. No toda, porque esa moriría conmigo, pero sí la suficiente para que ustedes sepan lo que realmente pasó en Altamira. Lo que sigue pasando. Y por qué hay quienes prefieren matar antes que permitir que se sepa.

Lo demás lo dejo en sus manos.

Al fin y al cabo, cada lector sabrá si lo que viene es un testimonio... o una condena.

Capítulo 2

El hombre invisible

La primera vez que vi a Jova Naredo fue un martes de octubre a las 9:47 de la mañana. Puedo ser tan preciso con la hora porque estaba mirando el reloj de pared del pasillo —una de esas manías que desarrollé después de tantos años de rutina— cuando ella apareció en mi campo visual como una mancha de color en medio de tanto gris institucional.

Vestía una blusa azul marino que contrastaba con las paredes descoloridas de la Fiscalía General de la República. Llevaba una carpeta bajo el brazo izquierdo y caminaba con paso firme hacia las oficinas del cuarto piso. Pero lo que más me llamó la atención no fue su ropa ni su manera de caminar: fue que no parecía derrotada.

En veintitrés años trabajando en este edificio uno aprende a reconocer los signos de la derrota institucional: los hombros caídos, la mirada vacía, esa forma particular de caminar como si el piso fuera de arena movediza. Todos los que llevamos más de cinco años aquí tenemos esa marca. Es inevitable.

Ella no.

Jova Naredo caminaba como si realmente creyera que su trabajo servía para algo. Como si los documentos que llevaba en esa carpeta fueran a cambiar el mundo en lugar de terminar archivados en algún sótano hasta que los devorara la humedad. Ingenua.

O valiente.

No estoy seguro de cuál de las dos cosas era.

A esa hora yo estaba haciendo lo de siempre: trasladar expedientes del archivo central a las oficinas de los fiscales. Una tarea que cualquier mensajero podría realizar, pero que, por alguna razón burocrática inexplicable, requería de alguien con “nivel técnico especializado”.

Así se llamaba mi puesto. Como si hubiera algo técnico o especializado en cargar papeles de un lado a otro.

Me decían *técnico especializado*, como si arrastrar expedientes de un cubículo a otro requiriera un conocimiento secreto. A veces pienso que todo el sistema está diseñado para mantenernos ocupados fingiendo que hacemos algo importante. Es la versión moderna del mito de Sísifo, pero con sellos oficiales y hojas membretadas.

Mientras caminaba hacia el elevador, escuché una voz. No cualquier voz: una de esas voces que no necesitan alzar el tono para ser escuchadas.

Era Jova.

—Buenos días, licenciado Estrada. Traigo el análisis que me pidió sobre las operaciones en Altamira.

Dionisio Estrada. Fiscal titular. Cuarenta y ocho años de carrera, tres sexenios sobrevividos y una cuenta bancaria que, según los rumores, no correspondía exactamente con su sueldo.

Lo escuché contestar con su tono habitual de autoridad cansada.

—Señorita Naredo, espero que tenga buenas noticias.

—Depende de lo que entienda por buenas noticias, licenciado.

Ese tipo de frases, dichas con demasiada claridad, suelen traer consecuencias. Me detuve frente al elevador y fingí revisar mis papeles.

—¿Qué encontró en los manifiestos de carga? —preguntó Estrada.

—Inconsistencias graves. El buque *Salomé Aguirre* reportó tres viajes en una semana transportando veintiocho mil barriles cada vez, pero su capacidad máxima es de dieciocho mil.

—¿Y?

—Y es físicamente imposible, licenciado.

Silencio.

Uno de esos silencios espeluznantes que se sienten antes de que algo malo ocurra.

—Señorita Naredo —dijo Estrada finalmente, con esa voz afilada de quien lleva toda la vida mandando—, usted es muy joven. Lleva, ¿qué?, ¿ocho meses trabajando aquí?

—Sí, licenciado.

—Entonces entenderá que hay cosas que se ajustan. A veces los papeles no reflejan la realidad exacta.

—No son errores de captura. Revisé los originales. Las firmas, los sellos, las fechas.

Todo está en orden. Demasiado en orden. Más silencio.

Yo ya no fingía buscar nada. Escuchaba.

Y pensé en algo que Gabriel Cardenal solía decirme en la secundaria, cuando nos metíamos en líos por publicar el periódico mural del colegio:

—Hay silencios, Marcos, más peligrosos que los gritos.

Los gritos al menos te advierten. El silencio te entierra.

Tenía razón. Años después, en ese pasillo gris, su frase resonó como un eco que nunca se fue.

—Señorita Naredo —continuó Estrada—, usted no está aquí para sacar conclusiones. Ni para insinuar irregularidades. Su trabajo es técnico. No político.

—No estoy haciendo insinuaciones, licenciado. Estoy reportando inconsistencias

.—¡El protocolo lo establezco yo!

Su voz retumbó en el pasillo. Dos secretarias levantaron la cabeza, un pasante fingió revisar su celular. Todos sabíamos que cuando Estrada gritaba, alguien iba a pagar el precio.

—Entiendo, licenciado —dijo Jova finalmente, en un tono tan frío que me puso los nervios de punta.

Las puertas del elevador se abrieron. Ella salió de la oficina con la carpeta apretada contra el pecho. Me miró de reojo. Sus ojos eran un torbellino de furia contenida. Entró al elevador sin decir palabra, y antes de que las puertas se cerraran alcancé a ver cómo sus nudillos se volvían blancos.

El resto del día no pude concentrarme.

En la fiscalía todo parece rutinario, pero debajo de la rutina hay un latido: un miedo constante, una conciencia de que cualquier cosa que mires demasiado de cerca puede arruinarte la vida.

Yo sabía eso. Y, sin embargo, algo en esa mujer me obligaba a mirar.

A las seis de la tarde, cuando el edificio quedaba casi vacío, subí de nuevo al cuarto piso. No tenía razón alguna. O al menos eso me repetía. La luz de su oficina seguía encendida. Toqué el marco de la puerta.

—¿Señorita Naredo?

Levantó la vista. Tenía ojeras y el cabello revuelto.

—¿Sí?

—Soy Marcos Santillana, del archivo. Solo venía a dejar estos papeles.

Ella asintió. Cuando nuestras manos se rozaron al pasarle el sobre, sentí que tenía los dedos fríos. No de clima, sino de miedo.

—¿Puedo preguntarle algo? —dije.

—Claro.

—¿Usted realmente cree que su trabajo aquí sirve para algo?

Guardó silencio. Luego cerró el cuaderno y me miró.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque llevo veintitrés años en esta oficina. Y he visto a muchos como usted:

llegan con entusiasmo, se rompen contra la pared y se van.—¿Y usted?

—Yo aprendí a ser invisible.

Ella sonrió apenas.

—Entonces tal vez pueda enseñarme a ser invisible antes de que me rompa la cabeza.

—No. Usted no nació para eso.

Durante unos segundos hubo un silencio diferente, casi íntimo.

—Si necesita ayuda con algo —dije, sin entender por qué lo hacía—, con copias, con archivo, con lo que sea, puede contar conmigo.

—¿Por qué me ayudaría?

—Porque hace mucho que no veo a alguien que todavía cree que esto puede funcionar.

Me miró con una mezcla de gratitud y tristeza.

—Gracias, Marcos. Lo voy a tener en cuenta.

Salí de su oficina con un nudo en la garganta. No entendía por qué me importaba tanto una mujer a la que apenas conocía. Quizá porque me recordaba a mí cuando todavía creía que la decencia era una posibilidad y no una condena.

Esa noche, al volver a casa, encendí la televisión. Las noticias hablaban de corrupción, desapariciones, escándalos en los puertos del Golfo. Lo mismo de siempre. Cambié de canal. Y de pronto, en una entrevista, apareció un rostro conocido: Gabriel Cardenal.

Tenía el mismo gesto que en la adolescencia, esa mezcla de ironía y furia lúcida. Hablaba de un caso de trata de personas en Veracruz. Con la misma voz de antes, dijo:

—El silencio cómplice también mata. No con balas, pero sí con indiferencia.

No pude evitar sonreír.

—Sigues igual, cabrón —murmuré.

Y por primera vez en años, apagué la televisión antes de que terminara el noticiero.

A la mañana siguiente, la fiscalía parecía más gris que nunca. Jova no me miró al pasar. Yo tampoco dije nada. Pero su figura seguía rondando mi cabeza todo el día.

Mientras sellaba un oficio, recordé otra vez una frase de Gabriel, escrita en el reverso de un cuaderno de matemáticas cuando teníamos quince años:

“No hay invisibles, solo gente que dejó de mirarse al espejo.”

Entonces comprendí que lo que me estaba ocurriendo era eso: volvía a verme. Y eso, en la fiscalía, era una forma de peligro.

Esa tarde, Jova volvió a quedarse trabajando hasta tarde. Yo, desde el archivo, oía el zumbido constante de la copiadora, los pasos solitarios en el pasillo, el silencio de un edificio que respira culpa.

Cuando por fin apagué la luz y salí, el cielo tenía el color de los expedientes viejos: un gris que nunca se aclara. Caminé hacia la parada del metro con la sensación de estar al borde de algo. No sabía de qué, pero lo presentía.

Y mientras el tren se internaba en los túneles, pensé que quizá debería escribirle a Gabriel. No para pedir ayuda, sino para hablar. Para recordarme que, en algún lugar, aún había alguien que no se había rendido.

Saqué el teléfono. Escribí su nombre en la pantalla. Lo borré.

El valor me duró lo mismo que dura una estación.

No lo sabía todavía, pero ese impulso —esa intención de escribirle— iba a salvarme la vida.

Por ahora, yo seguía siendo el hombre invisible.

Pero Jova Naredo acababa de darme una razón para volver a existir.

Capítulo 3

Señales de alarma

Pasaron once días antes de que Jova volviera a buscarme.

Once días en los que todo pareció volver a la normalidad gris de la fiscalía: expedientes que iban y venían, sellos que se estampaban sin pensar, conversaciones que morían en los pasillos antes de convertirse en algo peligroso. Once días en los que intenté convencerme de que aquel momento en su oficina había sido solo eso: un momento.

Pero las señales estaban ahí, aunque yo todavía no sabía leerlas.

La primera fue sutil. Una mañana, al llegar al archivo central, encontré que habían movido tres cajas de expedientes relacionados con el caso de Altamira. No las habían sacado del edificio —eso habría dejado registro—, simplemente las habían reubicado en un anaquel diferente, más alto, donde nadie las buscaría a menos que supiera exactamente qué buscaba.

Yo lo noté porque llevo veintitrés años en ese sótano. Conozco cada caja, cada expediente mal archivado, cada documento que debería estar

en un lugar y aparece en otro. El archivo es mi territorio, mi reino de sombras. Y alguien había entrado sin mi permiso.

Le mencioné el asunto a Rodolfo Cisneros, mi compañero de archivo. Rodolfo tenía cincuenta y dos años, una panza prominente y la filosofía de vida más simple que he conocido: "No veas, no oigas, no digas, y llegarás a la pensión".

—¿Las cajas de Altamira? —dijo sin levantar la vista de su torta de jamón—. Fue orden de arriba. El licenciado Estrada pidió que las reclasificaran.

—¿Reclasificar? ¿Por qué?

—¿Y yo qué sé? A mí me pagan por mover papeles, no por entenderlos.

Esa era la diferencia entre Rodolfo y yo. Él había perfeccionado el arte de no pensar. Yo nunca pude aprenderlo del todo.

La segunda señal llegó tres días después.

Estaba en la copiadora del tercer piso cuando vi a dos hombres salir de la oficina de Estrada. No eran empleados de la fiscalía —uno aprende a reconocer las caras después de tantos años—. Vestían demasiado bien para ser funcionarios públicos: trajes oscuros de corte perfecto, zapatos italianos que brillaban incluso bajo la luz fluorescente mustia del pasillo.

Uno de ellos llevaba un maletín de piel. El otro, nada. Pero la manera en que caminaba, con esa seguridad de quien sabe que nadie va a cuestionarlo, me puso los pelos de punta.

Pasaron junto a mí sin mirarme. Ni siquiera registraron mi presencia. Para ellos yo era parte del mobiliario, una pieza más del decorado institucional.

Los seguí con la mirada hasta que entraron al elevador. Justo antes de que las puertas se cerraran, el del maletín dijo algo que alcancé a escuchar:

---...tres semanas. Después de eso ya no habrá problema.

No supe a qué se refería, pero la frase se me quedó grabada como una astilla.

Esa tarde, cuando el edificio empezó a vaciarse, subí al cuarto piso. La puerta de la oficina de Jova estaba entreabierta. Toqué con los nudillos.

—Adelante.

Entré. Ella estaba rodeada de papeles, con el cabello recogido en una cola de caballo improvisada y círculos oscuros bajo los ojos. En su escritorio había una taza de café frío y medio sándwich envuelto en papel aluminio.

—Marcos —dijo sin levantar la vista—. Qué bueno que vienes.

—¿Pasó algo?

—Sí. Pasó que me están bloqueando el acceso a los registros portuarios.

—¿Cómo que bloqueando?

Levantó la mirada. Sus ojos tenían esa mezcla de furia y cansancio que yo empezaba a reconocer.

—Solicité los manifiestos de carga del puerto de Altamira de los últimos seis meses. Es información pública, parte de mi trabajo. Hace dos semanas los pedí formalmente. Ayer me llegó la respuesta: denegado por "seguridad de la investigación en curso".

—¿Qué investigación?

—Exacto. No hay ninguna investigación en curso. O al menos no oficialmente.

Se levantó y cerró la puerta. Luego bajó la voz.

—Marcos, necesito que me ayudes con algo. Y esta vez es serio.

—¿Más serio que la última vez?

Sonrió apenas, pero era una sonrisa sin humor.

—Mucho más.

Sacó un sobre manila de su cajón y lo puso sobre el escritorio.

—Estos son documentos que... conseguí. No puedo decirte cómo porque entonces estarías tan jodido como yo. Pero necesito que los guardes. No aquí en la fiscalía. En algún lugar seguro.

—¿Por qué yo?

—Porque tú eres invisible, Marcos. Y porque confío en ti.

Nadie me había dicho algo así en años. Tal vez nunca.

Tomé el sobre. Pesaba poco, pero sentí como si cargara toneladas.

—¿Qué hay dentro?

—Pruebas. Transferencias bancarias, nombres de empresas fantasma, rutas de distribución. Todo lo que necesitas para entender que esto no es solo huachicol. Es una red completa. Lavado de dinero, tráfico de influencias, protección política. Y va más arriba de lo que imaginas.

—¿Qué tan arriba?

—No lo sé todavía. Pero lo suficiente para que me estén siguiendo.

Mi estómago se contrajo.

—¿Cómo sabes que te siguen?

—Porque llevo tres días viendo el mismo coche estacionado frente a mi edificio. Un Jetta gris. Dos hombres dentro. No bajan, no hablan. Solo observan.

—Jova, tienes que reportar esto.

—¿A quién, Marcos? ¿A Estrada? ¿Al fiscal general? Esta mierda viene de arriba. Si hablo, desaparezco.

La palabra "desaparece" resonó en la oficina como un disparo.

—Entonces deja el caso. Renuncia. Vete de aquí.

Me miró como si acabara de decir la cosa más absurda del mundo.

—No puedo. Ya estoy adentro. Y si me voy ahora, esto se entierra para siempre.

—¿Y si te quedas?

—Si me quedo, al menos tengo oportunidad de que alguien más lo sepa. De que esto salga a la luz.

Guardé el sobre bajo mi camisa. Sentí el papel frío contra mi piel.

—¿Qué quieres que haga?

—Guárdalo. Si me pasa algo, entrégaselo a alguien que pueda hacer algo con esta información. Un periodista, un activista. Alguien fuera del sistema.

Pensé inmediatamente en Gabriel Cardenal. Pero no dije nada.

—¿Y si no te pasa nada?

Sonrió de nuevo, esta vez con algo parecido a la tristeza.

—Entonces nos tomamos un café cuando esto termine y me cuentas por qué un hombre tan inteligente lleva veintitrés años siendo invisible.

Esa fue la última vez que la vi sonreír.

Salí de su oficina con el sobre escondido y el corazón latiendo como si hubiera corrido un maratón. Bajé por las escaleras en lugar del elevador —una costumbre que desarrollé después de tantos años de ser nadie— y cuando llegué al estacionamiento me detuve.

Había un Jetta gris estacionado cerca de la salida. Dos hombres dentro. Uno fumaba. El otro miraba hacia la entrada del edificio.

No me vieron. O fingieron no verme. Pero yo los vi a ellos. Y supe que Jova tenía razón.

Caminé despacio hacia la parada del metro, con cada paso midiendo la distancia entre la normalidad y el abismo. Cuando me senté en el vagón, saqué el celular y busqué el nombre de Gabriel Cardenal en mis contactos.

Estaba ahí, como un fantasma del pasado. Hacía cuatro años que no hablábamos.

Escribí un mensaje:

"Gabriel. Soy Marcos. Necesito hablar contigo. Es urgente."

Lo borré. Demasiado dramático. Demasiado obvio.

Escribí otro:

"¿Sigues haciendo periodismo?"

Lo borré también.

Finalmente escribí:

"Hola, viejo. ¿Todavía tomas café?"

Presioné enviar antes de arrepentirme.

La respuesta llegó tres minutos después:

"Marcos Santillana. Creí que te habías muerto o vuelto político. ¿Qué milagro?"

Sonreí a pesar de todo.

"¿Podemos vernos? Necesito consejo."

"¿Estás bien?"

"Por ahora sí. Pero tal vez no por mucho tiempo."

Hubo una pausa más larga. Los puntos suspensivos parpadearon en la pantalla.

"Mañana. Café Macondo. Dos de la tarde. Y Marcos... ten cuidado."

Guardé el teléfono y miré por la ventana del metro. La ciudad pasaba como una mancha oscura, llena de luces que no iluminaban nada.

Esa noche no pude dormir. Me quedé sentado en la mesa de mi cocina, con el sobre manila frente a mí. No lo abrí —Jova me había dicho que era mejor no saber demasiado—, pero lo miré como si pudiera leer su contenido a través del papel.

A las tres de la mañana sonó mi teléfono. Número desconocido.

Contesté.

—¿Sí?

Silencio del otro lado. Respiración pesada. Luego una voz que no reconocí, ronca, como filtrada a través de una tela:

—Deja las cosas donde están, Santillana. No te metas en lo que no te importa.

Colgaron antes de que pudiera responder.

Me quedé con el teléfono en la mano, sintiendo cómo el miedo me subía por la columna vertebral como una corriente eléctrica.

Alguien sabía mi nombre. Alguien sabía que Jova me había dado algo. Y alguien me estaba advirtiéndome.

Escondí el sobre dentro de una caja de herramientas en el fondo de mi clóset, debajo de ropa vieja y zapatos rotos. No era el mejor escondite, pero tendría que servir por ahora.

Me senté en el borde de la cama y pensé en Jova, sola en su departamento, con el Jetta gris esperando afuera. Pensé en Gabriel y en lo que le diría cuando nos viéramos. Pensé en veintitrés años de ser invisible y en cómo, de repente, alguien me había visto.

Y por primera vez en décadas, sentí algo parecido al miedo real.

No el miedo abstracto de perder el trabajo o de envejecer solo. Sino el miedo concreto, tangible, de que tu vida puede terminar en cualquier momento y nadie va a preguntar qué pasó.

Me acosté sin apagar la luz.

Afuera, la ciudad seguía respirando su violencia cotidiana, indiferente a un hombre que acababa de dejar de ser invisible y que ya empezaba a pagar el precio.

Capítulo 4

La desaparición

El Café Macondo quedaba en una calle lateral del Centro Histórico, uno de esos lugares que sobreviven por terquedad más que por negocio. Paredes de azulejo desconchado, mesas de madera gastada y un olor permanente a café quemado y cigarros viejos. Gabriel solía decir que era el único lugar de la ciudad donde todavía se podía pensar sin que te interrumpieran influencers tomándose selfies.

Llegué quince minutos antes de las dos. Vieja costumbre: siempre llegar primero, siempre observar las salidas, siempre sentarse de espaldas a la pared. Cosas que uno aprende cuando ha pasado demasiado tiempo siendo invisible en lugares peligrosos.

Pedí un café americano y me senté en la mesa del fondo, cerca de la ventana que daba a un callejón. Desde ahí podía ver la entrada principal y la puerta trasera que llevaba a los baños y, supuse, a alguna salida de emergencia.

Gabriel llegó a las dos en punto. Lo reconocí inmediatamente, aunque habían pasado cuatro años. Seguía teniendo ese porte de periodista que ha visto demasiado: los hombros ligeramente encorvados, la mirada que evalúa todo antes de entrar, la forma de caminar de quien sabe que en cualquier momento puede tener que salir corriendo.

Tenía más canas que la última vez. Y una cicatriz nueva sobre la ceja izquierda.

—Marcos Santillana —dijo sentándose frente a mí—. El hombre que nunca envejece porque nunca vive.

—Gabriel Cardenal —respondí—. El hombre que siempre tiene la palabra exacta para joderte el día.

Sonrió. Pidió un espresso doble sin preguntar la carta. Se recargó en la silla y me miró con esa intensidad que recordaba de la secundaria, cuando podía desarmar cualquier argumento con una sola pregunta.

—Cuatro años sin saber de ti. Y de repente un mensaje críptico. Dime que al menos traes algo interesante.

—Traigo algo —dije—. No sé si interesante es la palabra correcta. Aterrador, tal vez.

Saqué mi celular y le mostré la foto que había tomado del sobre manila. No el sobre en sí —eso lo había dejado escondido en casa—, sino una

imagen del exterior, con la letra de Jova marcando las iniciales "JN" en la esquina superior derecha.

Gabriel la miró un momento y luego levantó la vista.

—¿Qué hay dentro?

—Documentos. Pruebas de una red de huachicol en Altamira. Pero no es solo robo de combustible. Es lavado de dinero, empresas fantasma, protección política. Y va hasta arriba.

—¿Hasta dónde es arriba?

—No lo sé todavía. Pero lo suficiente para que estén matando gente.

Le conté todo. Desde el primer encuentro con Jova hasta la llamada amenazante de la madrugada. Gabriel escuchó sin interrumpir, tomando notas en una libreta pequeña con letra apretada. Cuando terminé, se quedó callado un momento, mirando su café frío.

—¿La mujer de la que hablas, Jova Naredo, dónde está ahora?

—En su casa, supongo. O en la oficina.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Ayer. Cuando me dio los documentos.

—Llámalas.

—¿Ahora?

—Ahora.

Marqué su número. Sonó cinco veces. Buzón de voz. Volví a marcar. Lo mismo.

—No contesta.

—¿Tiene otro teléfono? ¿Alguien cercano?

—No lo sé. Apenas la conozco.

Gabriel sacó su laptop de la mochila y la abrió.

—Dame su nombre completo.

—Jova Naredo.

Sus dedos volaron sobre el teclado. Pantallas se abrían y cerraban. Yo no entendía nada de lo que hacía, pero había algo hipnótico en verlo trabajar.

—Jova Marisol Naredo Villegas —dijo después de un minuto—. Veintiocho años. Domicilio en la colonia Narvarte. Trabaja en la Fiscalía desde hace once meses. Antes estuvo en la Auditoría Superior de la Federación. Salió de ahí después de denunciar irregularidades en contratos petroleros.

Me quedé helado.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tengo mis fuentes. —Siguió tecleando—. Mierda.

—¿Qué pasa?

Giró la pantalla hacia mí. Era una nota de un periódico digital. Publicada hacía dos horas:

"Hallan cuerpo de mujer en canal de Altamira. Autoridades investigan."

No había foto. Solo una descripción: mujer de entre 25 y 30 años, complexión delgada, cabello negro, encontrada en un canal de desagüe cerca de la zona industrial. Sin identificar todavía.

Sentí que el café se me revolvía en el estómago.

—No puede ser ella —dije—. Es imposible. Ayer estaba bien.

—¿Estás seguro?

—Sí. No. Mierda, no lo sé.

Gabriel cerró la laptop.

—Marcos, escúchame bien. Si esa mujer es Jova Naredo, y si tiene los documentos que dices, estás en peligro. No mañana, no la semana que viene. Ahora. Tú tienes copias de esos papeles, lo que significa que eres un testigo. Y los testigos en casos como este no duran mucho.

—¿Qué hago?

—Primero, me das esos documentos. Segundo, desapareces un tiempo. Tercero, dejas que yo me encargue de esto.

—No puedo desaparecer. Tengo trabajo, tengo...

—¿Tienes qué? ¿Una vida? Marcos, llevas veintitrés años moviendo papeles en una fiscalía. Si desapareces mañana, nadie va a notarlo. Pero si te quedas y ellos deciden que eres un problema, vas a terminar en otro canal.

Tenía razón. La odiaba, pero tenía razón.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Mi trabajo. Investigar, verificar, publicar. Pero necesito esos documentos hoy. ¿Dónde los tienes?

—En mi casa.

—¿Dónde vives?

Le di mi dirección. Gabriel anotó.

—Voy contigo. Sacamos los papeles, te ayudo a empacar lo esencial y te largas a un lugar seguro. Tengo un contacto en Querétaro que te puede hospedar un par de semanas sin preguntas.

—¿Y después?

—Después vemos si logramos que esta historia salga a la luz sin que nos maten en el intento.

Salimos del café. Afuera, la tarde era gris y opresiva. Hacía calor, ese calor húmedo de la Ciudad de México que te pega en el pecho como un puño.

Tomamos un Uber. Gabriel insistió en que no usáramos mi coche ni transporte público. Durante el trayecto no hablamos. Yo miraba por la ventana, tratando de procesar todo. Jova muerta. Yo huyendo. Gabriel arriesgando su vida por unos papeles que ni siquiera había visto.

Cuando llegamos a mi departamento, Gabriel revisó la calle antes de bajar.

—¿Ves algo raro? ¿Alguien que no debería estar aquí?

Miré alrededor. Un señor paseaba a su perro. Una pareja discutía en la esquina. Un coche estacionado con las luces apagadas.

—Ese coche —dije señalando—. No lo había visto antes.

—¿Qué tipo de coche?

—Un Jetta gris.

Gabriel maldijo en voz baja.

—Nos vieron llegar.

—¿Qué hacemos?

—Entramos rápido. Sacas los documentos y lo que necesites. Cinco minutos máximo. Después salimos por atrás. ¿Tu edificio tiene salida trasera?

—Sí. Da al estacionamiento del edificio de junto.

—Perfecto. Vamos.

Subimos las escaleras en lugar del elevador. Cuando abrí la puerta de mi departamento, Gabriel entró primero, revisando cada habitación como si esperara encontrar a alguien.

—Despejado. Trae los papeles.

Fui al clóset y saqué la caja de herramientas. El sobre seguía ahí, intacto. Lo tomé junto con una mochila donde metí ropa, mi laptop, documentos personales. Todo lo que podía cargar.

—Listo.

—¿Tienes efectivo?

—Como cinco mil pesos.

—Va a tener que alcanzar. No uses tarjetas. Nada que deje rastro.

Salimos por la puerta trasera del edificio, cruzamos el estacionamiento y salimos a la calle paralela. El Jetta gris seguía en su lugar. Nadie nos había seguido. Todavía.

Caminamos tres cuadras hasta una avenida principal. Gabriel paró un taxi.

—Central de autobuses del norte —le dijo al chofer.

Durante el trayecto, Gabriel abrió el sobre y revisó los documentos. Su expresión se oscureció con cada página.

—Esto es explosivo, Marcos. Hay nombres aquí que reconozco. Políticos, empresarios, incluso un par de jueces. Si publico esto, va a arder todo.

—¿Vas a publicarlo?

—Voy a intentarlo. Pero necesito corroborar la información. Y necesito que tú estés vivo para testificar si esto llega a juicio.

—¿Crees que llegue a juicio?

Me miró con esa honestidad brutal que siempre había tenido.

—No. Pero al menos vamos a hacer ruido. Y a veces el ruido es suficiente para que alguien más tome el caso.

Llegamos a la central de autobuses. Gabriel me compró un boleto a Querétaro.

—Este es el teléfono de mi contacto —dijo dándome un papel—. Se llama Lucía Estrada. No, no tiene nada que ver con el fiscal. Ella es abogada de derechos humanos. Le voy a avisar que vas para allá. No le digas tu nombre real. Por ahora eres Mario Sánchez.

—¿Y tú?

—Yo me voy a poner a trabajar. Te voy a mantener informado, pero no me llames a mi teléfono personal. Usa este número. —Me dio otro papel—. Es un celular desechable. Solo mensajes de texto. Y cuando escribas, sé vago. Nada de nombres, nada de lugares específicos.

El autobús salía en veinte minutos. Gabriel me acompañó hasta la puerta de abordaje.

—Marcos —dijo antes de que subiera—. Siento mucho lo de tu amiga.

No supe qué responder. Solo asentí y subí al autobús.

Encontré mi asiento junto a la ventana. Afuera, Gabriel seguía de pie, con el sobre manila bajo el brazo, mirando hacia todos lados como si esperara que en cualquier momento aparecieran con armas.

El autobús arrancó. La ciudad se fue haciendo pequeña detrás de mí.

Saqué mi celular y busqué noticias sobre Altamira. La nota había sido actualizada:

"Identifican a mujer hallada en canal. Era funcionaria de la Fiscalía General."

Abrí el artículo. Había una foto.

Era Jova.

Sus ojos negros ahora cerrados para siempre. Su sonrisa borrada. Su valentía convertida en otro expediente más que nadie iba a investigar de verdad.

Cerré el teléfono y miré por la ventana. La carretera se extendía gris e infinita.

Jova había muerto. Y yo estaba huyendo.

Pero al menos sus papeles seguían vivos.

Y eso, pensé, tenía que significar algo.

Capítulo 5

La primera grieta

Querétaro me recibió con un silencio que no reconocía.

No era el silencio de la Ciudad de México —ese silencio tenso, interrumpido cada cinco minutos por sirenas, gritos, motores—. Era un silencio real, casi rural, que me puso más nervioso que cualquier ruido.

Lucía Estrada me esperaba en la central de autobuses. La reconocí por la descripción que Gabriel me había dado: mujer de unos cuarenta años, cabello corto, lentes gruesos, y una carpeta de piel bajo el brazo que parecía una extensión de su cuerpo.

—¿Mario Sánchez? —preguntó.

Tardé un segundo en recordar que ese era yo ahora.

—Sí.

—Lucía. Gabriel me habló de ti. Vamos.

No hizo preguntas. No preguntó por qué estaba ahí, ni qué había hecho, ni cuánto tiempo me quedaría. Simplemente me llevó a su coche —un Tsuru viejo pero impecable— y manejó en silencio hasta una casa en las afueras de la ciudad.

Era una casa pequeña, de dos pisos, con jardín descuidado y rejas en todas las ventanas.

—Aquí estarás seguro —dijo mientras abría la puerta—. Es una casa de acogida para personas en riesgo. Tengo tres inquilinos más, pero cada uno tiene su espacio. No preguntes nombres, no cuentes tu historia. Es mejor así.

Me mostró una habitación en el segundo piso. Cama individual, un escritorio, un baño compartido al final del pasillo. Espartano pero limpio.

—Gabriel me dijo que necesitas internet. La contraseña está en ese papel. No hagas videollamadas, no uses redes sociales, no busques tu nombre en Google. ¿Entendido?

—Entendido.

—Hay comida en la cocina. Sírvelo lo que necesites. Si sales, avísame. Y si ves algo raro, cualquier cosa, me llamas de inmediato.

Me dio una tarjeta con su número.

—Gracias —dije.

—No me agradezcas. Gabriel me ha salvado el pellejo más de una vez. Esto es lo mínimo que puedo hacer.

Se fue y me dejó solo.

Me senté en la cama y saqué el celular desechable que Gabriel me había dado. Tenía un mensaje:

"Llegaste bien?"

Respondí:

"Sí. Todo en orden."

"Bien. Mañana hablamos. Descansa."

Descansa. Como si pudiera.

Me quedé mirando el techo, tratando de procesar todo lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas. Jova muerta. Yo escondido. Los documentos en manos de Gabriel.

Me pregunté si había hecho lo correcto. Si debí haber ido a la policía, al ministerio público, a alguien con autoridad real. Pero entonces recordé la voz de Jova: *"Esta mierda viene de arriba. Si hablo, desaparezco."*

Y ahora había desaparecido.

Me levanté y abrí la laptop. Busqué noticias sobre su muerte. Ya había más información:

"Funcionaria de la FGR hallada muerta en Altamira. Fiscalía investiga posible asalto."

Posible asalto. Así lo estaban vendiendo. Como si Jova hubiera muerto por estar en el lugar equivocado a la hora equivocada. Como si fuera casualidad.

Leí los comentarios debajo de la nota. La mayoría eran los usuales: condolencias genéricas, quejas sobre la inseguridad, teorías conspirativas sin fundamento. Pero uno me llamó la atención:

"Trabajé con Jova en la Auditoría. Era una mujer íntegra. Esto no fue un asalto. Alguien la mandó matar."

El comentario tenía tres likes y ninguna respuesta. Lo había publicado un usuario anónimo hacía dos horas.

Tomé captura de pantalla y se la envié a Gabriel al celular desechable.

"Viste esto?"

La respuesta llegó diez minutos después:

"Sí. Ya lo rastreeé. El usuario publicó desde un café internet en Naucalpan. Imposible identificarlo. Pero confirma lo que pensábamos."

"Qué sigue?"

"Mañana me reúno con mi editor. Voy a proponer una investigación formal. Pero necesito más que los documentos. Necesito testigos, contexto, corroboración. Vas a tener que ayudarme desde allá."

"Cómo?"

"Dame acceso a tu correo de la fiscalía. Y nombres. Todos los que recuerdes. Gente que trabajó con Jova, que vio lo mismo que ella, que pueda hablar."

Le di mi usuario y contraseña. Y empecé a escribir nombres:

Dionisio Estrada, fiscal titular. Rodolfo Cisneros, compañero de archivo. Mónica Inclán, secretaria de la unidad. Héctor Fuentes, analista.

Mientras escribía, me di cuenta de algo terrible: no conocía a nadie en la fiscalía. Llevaba veintitrés años ahí y no tenía un solo amigo, un solo confidente, una sola persona en quien pudiera confiar.

Excepto Jova. Y ya estaba muerta.

Esa noche no dormí. Me quedé despierto escuchando los ruidos de la casa: pasos en el piso de abajo, una puerta que se cerraba, alguien tosiendo en otra habitación. Todos éramos fantasmas ahí. Gente que había huido de algo y que ahora flotaba en un limbo sin nombre.

A las seis de la mañana recibí otro mensaje de Gabriel:

"Tenemos un problema."

Se me heló la sangre.

"Qué pasó?"

"Revisé tu correo. Alguien más lo revisó antes que yo. Hace cuatro horas. Desde una IP de la fiscalía."

"Mierda."

"Sí. Saben que estás trabajando con alguien. Y probablemente saben quién soy yo."

"Qué hacemos?"

"Yo me escondo también. Pero antes voy a hablar con mi editor. Si logro convencerlo de publicar, esto se vuelve demasiado grande para silenciarlo. El problema es que tengo que moverme rápido."

"Cuánto tiempo tienes?"

"Horas. Tal vez un día. Después van a venir por mí."

"Gabriel, esto es una locura. Podemos irnos los dos. Olvidarnos de esto."

"No. Ya estamos adentro. Y si nos vamos ahora, Jova murió por nada."

Tenía razón. Pero eso no hacía que el miedo fuera menor.

Pasé el resto del día en la habitación, revisando internet, buscando cualquier información sobre el caso de Altamira. Gabriel me había enviado una copia digital de los documentos que Jova me había dado, y los estudié línea por línea.

Había nombres que no reconocía. Empresas con razones sociales genéricas: Transportes del Golfo S.A. de C.V., Combustibles Marítimos del Noreste, Logística Portuaria Integral. Todas con domicilios fiscales en

la misma calle de Monterrey. Todas con los mismos representantes legales.

Pero había un nombre que se repetía en varios documentos, siempre en letra pequeña, siempre al final: **Américo Solís Gamboa**.

Busqué el nombre en Google. Nada. Ni una foto, ni un perfil de redes sociales, ni una mención en ningún medio. Era como si no existiera.

Le escribí a Gabriel:

"Quién es Américo Solís Gamboa?"

La respuesta tardó una hora:

"El fantasma. Llevo años tratando de identificarlo. Aparece en otros tres casos que he investigado: trata de personas en Chiapas, tráfico de armas en Sinaloa, lavado de dinero en Quintana Roo. Siempre el mismo patrón: empresas fantasma, documentos impecables, y ni una sola foto."

"Es un nombre falso?"

"No. Es real. Pero está protegido. Alguien muy arriba lo está blindando."

"Qué tan arriba?"

"Nivel federal. Tal vez más."

Eso me dejó sin palabras.

Gabriel continuó:

"He perdido dos fuentes tratando de identificarlo. Una terminó en el hospital. La otra desapareció. Este tipo es intocable, Marcos. Pero si logramos conectarlo con Altamira, si logramos demostrar que está detrás de la red, podemos romper su protección."

"Cómo?"

"Necesito que busques en tu memoria. Jova te habló de alguien más? Te mencionó algún nombre, algún contacto, algo que pueda llevarnos a Solís Gamboa?"

Cerré los ojos y traté de recordar. Las conversaciones con Jova. Sus palabras. Su mirada cuando hablaba del caso.

Y entonces lo recordé.

Esa noche en la oficina, cuando me mostró los documentos, había mencionado algo. Una frase que yo había pasado por alto:

"Hay alguien en Tamaulipas. Un capitán de puerto que vio algo. Se llama Rigoberto Maldonado. Intenté contactarlo pero no me respondió. Creo que tiene miedo."

Le escribí a Gabriel:

"Rigoberto Maldonado. Capitán de puerto en Tamaulipas. Jova dijo que vio algo."

"Dónde en Tamaulipas?"

"No lo dijo. Pero debe estar en los registros."

"Dame un minuto."

Pasaron diez minutos. Luego:

"Lo encontré. Rigoberto Maldonado Suárez. Capitán de puerto en Altamira. Lleva veinte años en el puesto. Y está vivo."

"Cómo sabes?"

"Porque acabo de ver su perfil de Facebook. Última publicación hace tres horas. Una foto de su nieto."

"Crees que hable?"

"No lo sé. Pero es nuestra única pista. Voy a ir a buscarlo."

"A Altamira? Estás loco? Es donde mataron a Jova."

"Por eso mismo. Porque ahí está todo. El puerto, las empresas, los documentos originales. Si quiero armar esta historia bien, tengo que ir."

"Gabriel, te van a matar."

"Tal vez. Pero no antes de que publique algo. Y eso tiene que contar para algo."

Hubo una pausa. Luego:

"Marcos, necesito que vengas conmigo."

"Qué?"

"Necesito testigos. Necesito alguien que conozca el sistema desde dentro, que pueda identificar documentos, que sepa cómo funciona la fiscalía. Necesito tus ojos."

"Yo no soy periodista. Yo no sé hacer esto."

"No necesito un periodista. Necesito un amigo. Y necesito que confíes en mí."

Me quedé mirando el mensaje durante minutos.

Podía decir que no. Podía quedarme escondido en Querétaro, dejar que Gabriel hiciera su trabajo, esperar a que todo pasara. Nadie me culparía.

Pero entonces pensé en Jova. En su sonrisa. En su valentía. En cómo había confiado en mí cuando nadie más lo había hecho.

Escribí:

"¿Cuándo salimos?"

"Mañana. Te recojo en Querétaro a las seis de la mañana. Empaca ligero. Y Marcos... gracias."

Apagué el teléfono y me quedé sentado en la oscuridad de la habitación.

Sabía que lo que estaba a punto de hacer era una estupidez. Sabía que las probabilidades de salir vivo de esto eran mínimas. Sabía que Jova había muerto por hacer exactamente lo que yo estaba por hacer.

Pero también sabía que si no lo hacía, si dejaba que su muerte quedara en la impunidad, yo moriría de todas formas. No físicamente, pero sí de esa manera lenta en la que muere la gente que deja de mirarse al espejo.

Me acosté vestido, con la mochila lista junto a la cama.

Mañana iríamos a Altamira.

Y de alguna forma, yo sabía que cuando regresara —si regresaba—, ya no sería el hombre invisible.

Sería el hombre que se atrevió a mirar.

Y eso, para bien o para mal, cambia todo.

Capítulo 6

El viaje a Tamaulipas

Gabriel llegó a las seis en punto de la mañana en una camioneta blanca que parecía haber conocido mejores días. No era su coche. Eso lo entendí de inmediato.

—¿De quién es? —pregunté subiendo.

—Mejor no preguntes. Digamos que un amigo me la prestó sin saber exactamente para qué.

En el asiento trasero había dos mochilas, una cámara profesional, un trípode y una caja de plástico que reconocí: un kit de primeros auxilios. Eso no me tranquilizó.

—¿Esperas que nos disparen? —dije señalando la caja.

—Espero estar preparado para cualquier cosa —respondió arrancando—. En el 2019 me rompieron tres costillas en Culiacán. Tardé dos horas en llegar al hospital porque nadie quería ayudarme. Desde entonces siempre cargo esto.

No dije nada más.

Salimos de Querétaro cuando el cielo todavía era una mancha gris oscuro. Gabriel puso música —algo de jazz viejo que no reconocí— y manejó en silencio durante la primera hora. Yo miraba por la ventana, viendo cómo la ciudad se convertía en carretera, la carretera en campos, los campos en nada.

—¿Has estado en Altamira antes? —preguntó finalmente.

—Una vez. Hace como quince años. Una capacitación de la fiscalía sobre delitos ambientales. No recuerdo mucho. Calor, mosquitos, y un hotel horrible.

—Pues prepárate para más de lo mismo. Altamira no es bonito. Es funcional. Todo gira alrededor del puerto. Si el puerto se detiene, la ciudad muere.

—¿Y por eso nadie dice nada?

—Por eso y porque los que dicen algo terminan como Jova.

Pronunció su nombre con una familiaridad que me sorprendió.

—¿La conociste? —pregunté.

—Una vez. Hace como dos años. Ella trabajaba en la Auditoría y yo estaba investigando un caso de fraude en Pemex. Me pasó información. Buenos datos. Le dije que tuviera cuidado, que la gente que se mete con el petróleo no perdona. Me respondió que ya sabía los riesgos. —Hizo una pausa—. Nunca pensé que terminaría así.

—¿Alguna vez te arrepientes? —pregunté—. De hacer este trabajo.

Gabriel se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Todos los días. Pero arrepentirse y detenerse son cosas diferentes.

A las once paramos en una gasolinera. Gabriel llenó el tanque con efectivo y compró dos tortas, dos cafés y un paquete de cigarros que no sabía que fumaba.

—Creí que lo habías dejado —dije.

—Lo dejé. Tres veces. Pero cuando voy a Tamaulipas siempre recaigo.

Comimos en el coche. Las tortas sabían a cartón con mayonesa, pero las devoramos como si fueran lo último que comeríamos. Tal vez lo eran.

—¿Cuál es el plan? —pregunté limpiándome las manos con una servilleta.

—Llegamos a Altamira como a las cuatro. Nos registramos en un hotel discreto. Nada lujoso, nada que llame la atención. Después buscamos a Rigoberto Maldonado. Según mis fuentes, vive en la colonia Guadalupe, al norte de la ciudad. Su casa es la amarilla con reja verde. Difícil de perder.

—¿Y si no quiere hablar?

—Entonces lo convenzo. Llevo trece casos resueltos, Marcos. Sé cómo hablarle a la gente. Sé cuándo presionar y cuándo retroceder. Confía en mí.

—¿Y si hay alguien vigilándolo? Como vigilaban a Jova.

—Por eso vamos los dos. Tú te quedas en el coche, atento. Si ves algo raro, me mandas un mensaje. Si algo sale mal, arrancas y te vas. No me esperas.

—¿Qué? No. Si algo sale mal, salimos los dos.

Gabriel me miró con esa seriedad que había aprendido a reconocer.

—Marcos, escúchame bien. Yo elegí esto. Elegí ser periodista sabiendo los riesgos. He perdido gente. He estado en la cárcel. Me han amenazado, golpeado, perseguido. Y sigo aquí porque alguien tiene que

hacerlo. Pero tú no elegiste esto. Tú solo quisiste ayudar a una compañera. No voy a dejar que mueras por mi terquedad.

—Tampoco voy a dejar que mueras solo.

Sonrió apenas.

—Entonces trata de que no muramos ninguno de los dos.

Siguió manejando.

Pasamos San Luis Potosí, luego Ciudad Valles. El paisaje se volvió más verde, más húmedo. Empecé a sentir el calor incluso con el aire acondicionado prendido. Era ese calor pegajoso del Golfo que te hace sudar aunque no te muevas.

A las tres de la tarde Gabriel se desvió de la carretera principal y tomó un camino secundario.

—¿Por qué salimos de la autopista? —pregunté.

—Porque la caseta tiene cámaras. Y porque quiero entrar a Altamira sin que quede registro.

—¿Tan grave es?

—Marcos, estamos investigando una red de corrupción que involucra políticos, empresarios y probablemente narcos. Sí, es tan grave.

El camino secundario era una carretera de dos carriles llena de baches. Pasamos por pueblos que parecían detenidos en el tiempo: casas de lámina, perros flacos durmiendo a la sombra, niños jugando fútbol con una pelota desinflada. Cada tanto veíamos camionetas con vidrios polarizados estacionadas en las esquinas. Gabriel las miraba de reojo pero no decía nada.

Llegamos a Altamira a las cuatro y media.

La ciudad se extendía gris y plana bajo un sol blanco que parecía derretir el asfalto. Olía a mar, a Diesel y a algo más que no pude identificar. Algo químico. Algo muerto.

Gabriel manejó por calles que parecía conocer hasta que llegó a un hotel en la periferia. Se llamaba Hotel del Carmen y tenía ese aspecto de lugar donde no hacen preguntas.

Nos registramos con nombres falsos. El recepcionista —un hombre de unos sesenta años con bigote amarillento— ni siquiera levantó la vista cuando Gabriel le dio mil pesos extra para que no registrara nuestros datos.

La habitación estaba en el segundo piso. Dos camas individuales, un ventilador de techo que hacía más ruido que aire, y una ventana que daba a un estacionamiento de tierra. Perfecto para salir rápido si era necesario.

Gabriel dejó las mochilas en el piso y sacó la cámara.

—Necesito que aprendas a usar esto —dijo.

—¿Por qué yo?

—Porque si a mí me pasa algo, alguien tiene que seguir documentando. Mira, es simple. Prendes aquí, grabas con este botón, y si necesitas hacer zoom usas esto. Lo importante es mantenerla firme y no dejar de grabar aunque te entre el pánico.

—¿Aunque me entre el pánico?

—Especialmente si te entra el pánico. Las mejores tomas son las que se hacen cuando todo se va al carajo.

Me pasó la cámara. Pesaba más de lo que esperaba.

—¿Alguna vez has tenido que usarla mientras te disparan? —pregunté.

—Dos veces. En Reynosa y en Culiacán. No es divertido, pero funciona. El video es prueba. Y la prueba es lo único que nos mantiene vivos después.

Dejé la cámara sobre la cama y me senté. Me temblaban las manos.

—Gabriel, no sé si pueda hacer esto.

Se sentó a mi lado.

—Nadie sabe si puede hasta que lo hace. Yo tampoco sabía la primera vez. Tenía veintiséis años, estaba investigando un caso de fraude electoral en Oaxaca, y terminé escondido en una iglesia durante seis horas porque me perseguían. Pensé que iba a morir. Pero no morí. Y aprendí que el miedo no es el problema. El problema es dejar que el miedo te paralice.

—¿Y cómo no dejas que te paralice?

—Te mueves. Haces lo siguiente. Y lo siguiente. Y lo siguiente. Hasta que ya no tienes tiempo de tener miedo.

Nos quedamos sentados en silencio. Afuera, el sol empezaba a bajar. El calor no cedía.

A las seis, Gabriel se levantó.

—Es hora. Vamos a buscar a Maldonado.

Salimos del hotel y subimos a la camioneta. Gabriel manejó despacio por calles cada vez más estrechas hasta que llegamos a la colonia Guadalupe. Era un barrio de clase trabajadora: casas pequeñas, algunas de block sin pintar, otras con fachadas de colores desteñidos. Niños jugaban en la calle. Un señor lavaba su coche. Todo parecía normal.

Excepto que no lo era.

—Ahí —dijo Gabriel señalando.

La casa amarilla con reja verde. Tenía un pequeño jardín al frente y un coche viejo estacionado en la entrada. Las luces estaban encendidas.

Gabriel estacionó a media cuadra, con vistas a la casa.

—Espérame aquí. Voy a tocar. Si pasa algo, arrancas.

—Gabriel...

—Sin discusiones.

Bajó de la camioneta y caminó hacia la casa. Yo me quedé al volante, con las manos sudando sobre el volante.

Lo vi tocar el timbre. Esperar. Tocar de nuevo.

La puerta se abrió. Un hombre mayor apareció. Cabello blanco, complexión delgada, camisa de cuadros. Tenía que ser Maldonado.

Gabriel habló. El hombre negó con la cabeza. Gabriel insistió. El hombre miró hacia la calle, nervioso, y luego hizo un gesto para que Gabriel entrara.

La puerta se cerró.

Me quedé solo en el coche, mirando la casa, sintiendo cómo cada segundo se estiraba como una hora.

Cinco minutos. Diez. Quince.

Nada.

A los veinte minutos un coche se estacionó al final de la calle. Un sedán oscuro. Dos hombres dentro. No bajaron. Solo observaban.

Saqué el celular y le escribí a Gabriel:

"Coche sospechoso. Final de la calle."

No hubo respuesta.

"Gabriel?"

Nada.

El sedán empezó a avanzar lentamente hacia la casa amarilla.

Mierda.

Tomé la cámara, bajé del coche y caminé hacia la casa tratando de parecer casual. Cuando llegué a la reja, toqué el timbre.

Nadie respondió.

Volví a tocar. Más fuerte.

La puerta se abrió. Gabriel apareció, pálido.

—¿Qué haces aquí?

—Hay un coche. Dos tipos. Vienen hacia acá.

Miró hacia la calle. El sedán ya estaba a cincuenta metros.

—Salimos por atrás —dijo.

Me jaló hacia adentro. Maldonado estaba sentado en un sillón viejo, temblando.

—¿Hay salida trasera? —preguntó Gabriel.

—Sí, por la cocina —dijo el hombre con voz quebrada.

Corrimos. Atravesamos una sala pequeña, una cocina que olía a frijoles refritos, y salimos por una puerta que daba a un patio trasero. Había una barda baja. Gabriel la saltó primero, luego me ayudó a pasar.

Caímos en un lote baldío lleno de hierba y basura. Corrimos hacia la siguiente calle, zigzagueando entre casas.

Detrás de nosotros escuché gritos. Pasos. Una puerta que se azotaba.

Seguimos corriendo.

Llegamos a una avenida principal. Gabriel paró un taxi.

—Al centro —le dijo al chofer—. Y rápido.

El taxi arrancó. Yo volteé hacia atrás. El sedán oscuro no nos había seguido. O al menos no lo veíamos.

—¿Qué pasó? —pregunté jadeando—. ¿Qué te dijo Maldonado?

Gabriel sacó una USB de su bolsillo.

—Me dio esto. Copias de manifiestos de carga. Documentos internos del puerto. Nombres. Fechas. Todo.

—¿Y por qué salió así de mal?

—Porque mientras hablábamos sonó su teléfono. Era una amenaza. Le dijeron que si hablaba conmigo, matarían a su nieto. —Guardó la USB—. Nos están vigilando, Marcos. Saben que estamos aquí.

—Entonces tenemos que irnos. Ahora.

—No. Todavía no. Tengo que verificar esta información. Tengo que hablar con alguien más. Hay una persona en el puerto. Un trabajador que hace años me pasó datos. Se llama Esteban Loera. Si él confirma lo de Maldonado, tenemos caso.

—Gabriel, esto es una locura.

—Lo sé. Pero ya estamos adentro.

El taxi nos dejó en el centro de Altamira. Caminamos por calles iluminadas por anuncios de neón hasta que encontramos un café internet.

Gabriel rentó una computadora y empezó a revisar la USB. Yo me quedé cerca de la entrada, vigilando.

Los archivos eran lo que Maldonado había prometido: manifiestos de carga, registros de entrada y salida de buques, reportes de inspección. Todo con sellos oficiales. Todo perfectamente falsificado.

—Mira esto —dijo Gabriel—. El *Salomé Aguirre* reportó cinco viajes en marzo. Pero según los registros satelitales que tengo, ese buque estuvo anclado en Veracruz todo el mes. Alguien está facturando viajes fantasma.

—¿Para qué?

—Para lavar dinero. O para justificar el robo de combustible. O ambas cosas.

Siguió tecleando. Yo seguía vigilando la calle.

Y entonces lo vi.

El sedán oscuro. Estacionado al otro lado de la calle.

Los dos hombres miraban directamente hacia el café internet.

—Gabriel —dije—. Nos encontraron.

Capítulo 7

Escándalo y silencio

Gabriel levantó la vista de la pantalla. Siguió mi mirada hacia el sedán estacionado al otro lado de la calle. Los dos hombres ya no fingían disimular. Nos miraban directamente.

—Salida trasera —dijo Gabriel cerrando la sesión y guardando la USB—. Ahora.

Le hizo una seña al encargado del café, un muchacho de no más de veinte años que leía un cómic detrás del mostrador.

—¿Hay salida por atrás?

El muchacho miró hacia la calle, vio el sedán, y entendió de inmediato. Ese tipo de mirada rápida que solo se desarrolla cuando has vivido toda tu vida en un lugar donde hacer preguntas te puede costar caro.

—Por aquí —dijo señalando una puerta al fondo—. Sale al callejón. De ahí a la izquierda y siguen derecho hasta la avenida Hidalgo.

—Gracias.

—No me agradezcan. Y no vuelvan.

Salimos por la puerta trasera a un callejón que olía a basura y aceite quemado. Era de noche ya, pero el calor seguía siendo insoportable. Corrimos hacia la izquierda, como había dicho el muchacho.

Detrás de nosotros escuché portazos. Voces. Alguien corriendo.

—No pares —dijo Gabriel.

Llegamos a la avenida Hidalgo. Estaba llena de gente: vendedores ambulantes, familias cenando en puestos de tacos, adolescentes en grupos fumando y riendo. Nos metimos entre la multitud, tratando de pasar desapercibidos.

Gabriel caminaba rápido pero sin correr. Yo intentaba imitarlo, aunque mi instinto era salir disparado.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A buscar a Esteban Loera. Trabaja turno nocturno en el puerto. Si logramos hablar con él, podemos confirmar todo. Después nos largamos.

—¿Y si ellos llegan primero?

—Por eso nos apuramos.

Caminamos seis cuadras, alejándonos del centro. Las calles se fueron vaciando. Los puestos de comida dieron paso a bodegas cerradas, talleres mecánicos con cortinas de metal bajadas, terrenos baldíos. La única luz venía de postes dispersos y del resplandor distante del puerto industrial.

Gabriel se detuvo en una esquina y sacó su celular. Marcó un número.

—¿Esteban? Soy Gabriel Cardenal... Sí, el periodista... Necesito verte. Es urgente... Ya sé que es peligroso, por eso tiene que ser esta noche... Está bien, en veinte minutos. El lugar de siempre.

Colgó.

—¿Va a hablar? —pregunté.

—Eso dijo. Pero sonaba asustado.

Llegamos al puerto por la entrada de trabajadores. No había guardias —o si los había, Gabriel sabía cómo evitarlos—. Caminamos entre contenedores apilados como rascacielos de metal, grúas dormidas y camiones estacionados en filas perfectas. Todo estaba iluminado por luces amarillentas que creaban sombras grotescas.

El lugar de siempre resultó ser un almacén abandonado cerca del muelle tres. Gabriel empujó una puerta de lámina que rechinó al abrirse. Adentro había oscuridad y olor a humedad.

—Esteban no ha llegado —dijo Gabriel mirando su reloj—. Quedan cinco minutos.

Esperamos. Yo miraba hacia la entrada, nervioso. Gabriel revisaba los archivos de la USB en su celular, tomando notas.

—Esto es oro —murmuró—. Con esto y el testimonio de Esteban podemos publicar. Va a ser un bombazo.

—¿Tu editor ya aprobó la investigación?

—Todavía no. Pero cuando vea esto no va a tener opción. Es demasiado grande para ignorarlo.

Pasaron diez minutos. Luego veinte.

Esteban no llegó.

Gabriel le marcó de nuevo. Buzón de voz.

—Algo está mal —dijo.

—Nos vamos —dije—. Ya estuvo. Tenemos suficiente.

—No. Necesito su testimonio. Sin él, esto son solo papeles. Necesito a alguien que diga: yo vi esto, yo fui parte de esto, y esto es lo que está pasando.

—Gabriel...

Se interrumpió. Afuera se escucharon voces. Pasos en la grava. Varias personas.

Nos quedamos inmóviles.

Las voces se acercaban. Alcancé a distinguir palabras sueltas:

—...por aquí... —...el periodista ese...

—...no pueden salir del puerto...

Gabriel apagó su celular y me hizo una seña. Nos movimos hacia el fondo del almacén, donde había una escalera de metal que subía a una especie de oficina elevada. Trepamos en silencio.

Desde arriba veíamos la entrada. Tres hombres entraron al almacén. Llevaban linternas y al menos uno tenía un arma en la cintura. No eran policías. O si lo eran, no estaban ahí en calidad oficial.

—Revisen todo —dijo uno de ellos. Voz autoritaria. Alguien acostumbrado a dar órdenes.

Los otros dos se dispersaron. Movían cajas, pateaban escombros, alumbraban cada rincón.

Gabriel y yo nos quedamos agachados detrás de un archivero viejo. Yo tenía la cámara en las manos, temblando. Gabriel me hizo una seña: graba.

Encendí la cámara en modo silencioso y apunté hacia abajo. La poca luz que entraba por las ventanas rotas no era suficiente, pero algo se alcanzaba a ver.

—No están aquí —dijo uno de los hombres después de unos minutos.

—Entonces búsqúenlos en los otros almacenes. No pueden haber salido. Tenemos gente en todas las salidas.

—¿Y si ya se fueron?

—Si se fueron, Américo nos va a matar a nosotros. Así que más vale que los encontremos.

El nombre cayó como una piedra en el silencio.

Américo.

Américo Solís Gamboa.

El fantasma tenía nombre. Y estaba aquí. O al menos sus hombres lo estaban.

Los tres tipos salieron del almacén. Esperamos cinco minutos antes de movernos.

—¿Lo oíste? —susurró Gabriel.

—Sí. Américo.

—Ya no es solo una sospecha. Está involucrado directamente. —Gabriel guardó su celular—. Tenemos que salir del puerto. Y tenemos que hacerlo sin que nos vean.

—¿Cómo?

—No lo sé todavía. Pero no podemos quedarnos aquí.

Bajamos de la oficina elevada. Gabriel se asomó por la puerta. Afuera, el puerto seguía activo: camiones moviéndose, grúas operando, trabajadores con cascos amarillos caminando de un lado a otro. Era una operación enorme, funcionando las veinticuatro horas.

—Necesitamos uniformes —dijo Gabriel.

—¿Qué?

—Cascos, chalecos reflectantes. Para pasar desapercibidos. Espérame aquí.

—¿Estás loco? No te voy a esperar mientras...

Pero ya se había ido.

Me quedé solo en el almacén, escuchando el pulso en mis oídos. Cinco minutos. Diez. Cada segundo era una eternidad.

Finalmente Gabriel regresó con dos cascos amarillos y dos chalecos naranja fosforescente.

—¿De dónde los sacaste?

—De un casillero. No preguntes.

Nos los pusimos. Con los cascos y chalecos parecíamos trabajadores nocturnos. Solo esperaba que nadie nos mirara de cerca.

Salimos del almacén y caminamos entre los contenedores, tratando de imitar el paso cansado de los trabajadores. Nadie nos detuvo. Nadie preguntó. Éramos invisibles de nuevo.

Llegamos a la salida principal. Había una caseta con un guardia revisando identificaciones.

—Mierda —murmuré.

—Tranquilo. Sígueme.

Gabriel se acercó al guardia con una confianza que no sentía.

—Buenas noches. Venimos de la revisión del muelle cinco. Ya nos vamos.

El guardia nos miró con desinterés.

—Identificación.

—Ah, las dejamos en el casillero. Turno nocturno, ya sabe. ¿Nos deja salir? Ya es tardísimo.

El guardia dudó. Miró hacia atrás, donde había una camioneta con cuatro hombres observando. Los mismos que nos habían buscado en el almacén.

—Esperen aquí —dijo el guardia alcanzando su radio.

No esperamos.

Gabriel echó a correr. Yo detrás de él.

—¡Alto! —gritó el guardia.

Corrimos por la calle que rodeaba el puerto. Detrás de nosotros escuché el motor de la camioneta encenderse.

Gabriel se metió por un callejón. Yo lo seguí. Saltamos una barda, cruzamos un lote lleno de chatarra, salimos a otra calle.

La camioneta apareció al final de la cuadra. Nos había alcanzado.

—Por aquí —dijo Gabriel metiéndose en lo que parecía un mercado nocturno. Puestos de ropa, comida, electrodomésticos usados. Gente por todos lados.

Nos mezclamos con la multitud. Los hombres de la camioneta bajaron y empezaron a buscarnos, pero ya nos habíamos quitado los cascos y chalecos. Éramos solo dos tipos más en medio del caos.

Salimos por el otro extremo del mercado y paramos un taxi.

—Al Hotel del Carmen —dijo Gabriel.

El taxi arrancó. Yo volteé hacia atrás. La camioneta seguía en el mercado, los hombres discutiendo, apuntando en diferentes direcciones.

Los habíamos perdido. Por ahora.

Llegamos al hotel. Gabriel pagó al taxista y subimos a la habitación. Cerró la puerta con seguro y puso una silla contra el picaporte.

—Necesitamos salir de Altamira. Ya. Esta misma noche.

—¿Y Esteban Loera?

—Está muerto. O lo tienen. No va a hablar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si estuviera bien, habría llegado. Y porque mencionaron a Américo. Eso significa que están eliminando testigos.

Gabriel sacó la USB y la conectó a su laptop. Empezó a subir los archivos a un servidor encriptado en la nube.

—¿Qué haces?

—Respaldo. Si nos agarran, si nos matan, al menos esto queda guardado. Mi editor tiene acceso a este servidor. Si no me reporto en cuarenta y ocho horas, él sabrá qué hacer.

Terminó de subir los archivos. Luego escribió un correo largo, adjuntando todo: los documentos de Jova, los archivos de Maldonado, las notas de la investigación, incluso el video que yo había grabado en el almacén.

Asunto: "Altamira. Si estás leyendo esto, probablemente estoy muerto."

Lo mandó.

—Listo —dijo—. Ahora empacamos y nos vamos.

Tardamos diez minutos en meter todo en las mochilas. Gabriel dejó quinientos pesos sobre la mesa de noche. No era necesario, pero supongo que era su manera de agradecer al hotel por no hacer preguntas.

Bajamos por las escaleras traseras. La camioneta blanca seguía en el estacionamiento. Subimos y Gabriel arrancó.

Salimos de Altamira por la misma carretera secundaria por la que habíamos entrado. Sin casetas, sin cámaras, sin registro.

Manejó durante dos horas sin decir palabra. Yo tampoco hablé. Solo miraba por el retrovisor, esperando ver luces que nos siguieran.

No las vi.

A la medianoche paramos en una gasolinera desierta. Gabriel llenó el tanque y compró café. Nos sentamos en el cofre de la camioneta, mirando la carretera vacía.

—¿Crees que tu editor publique la historia? —pregunté.

—No lo sé. Depende de cuánto miedo le den. El Nacional es un buen periódico, pero no es suicida. Si la presión política es mucha, pueden matarla.

—¿Y entonces qué?

—Entonces buscamos otro medio. Otro periodista. Otro país si es necesario. Pero esto se publica. De una forma u otra.

Tomó un trago de café. Tenía ojeras profundas y las manos le temblaban ligeramente. Me di cuenta de que estaba tan asustado como yo, solo que mejor entrenado para ocultarlo.

—Gabriel, ¿cuántas veces has estado así? ¿Escapando, huyendo, pensando que vas a morir?

—¿Quieres la cuenta oficial o la real?

—La real.

—Siete. Ocho si contamos esta.

—¿Y siempre sale bien?

Se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Casi siempre. Perdí a mi hermano en Michoacán en 2016. Estaba investigando desapariciones forzadas y se metió demasiado. Lo encontraron dos semanas después. Nunca atraparon a nadie. Esa fue la única vez que pensé en dejarlo todo. Pero después me di cuenta de que si me detenía, su muerte no significaría nada. Así que seguí. Y sigo.

No supe qué decir.

—Marcos —continuó—, la gente como nosotros no gana. No del todo. A veces atrapan a uno, a dos, a cinco. Pero siempre hay más arriba. Siempre hay alguien que se escapa. Como va a pasar con Américo,

probablemente. Lo mejor que podemos hacer es arañar, hacer ruido, dejar registro. Y esperar que alguien más tome la estafeta.

—Eso no suena muy heroico.

—Es que no lo es. El periodismo no es heroico. Es terco. Es necio. Es seguir adelante aunque sepas que no vas a ganar del todo.

Terminamos el café. Gabriel arrancó la camioneta.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A la Ciudad de México. A ver a mi editor. A publicar esta historia antes de que nos silencien.

—¿Y después?

—Después vemos si seguimos vivos.

El resto del viaje lo hicimos en silencio. Yo me quedé dormido en algún punto y desperté cuando ya amanecía. Estábamos entrando a la ciudad.

Gabriel tenía los ojos rojos de cansancio pero seguía manejando.

—Buenos días —dijo.

—¿Dormiste algo?

—No. Pero estoy bien. Ya estamos cerca.

Llegamos a las oficinas de El Nacional a las ocho de la mañana. Era un edificio viejo en el centro, con fachada de cantera y ventanas con rejas. Gabriel estacionó a dos cuadras y caminamos con las mochilas.

—¿Listo? —preguntó antes de entrar.

—No. Pero vamos.

Subimos al tercer piso. La redacción ya estaba llena: periodistas tecleando, teléfonos sonando, editores gritando. El olor a café y tabaco impregnaba todo.

Gabriel se acercó a un escritorio donde un hombre de unos cincuenta años revisaba pantallas.

—Bernardo, necesito hablar contigo.

El hombre levantó la vista. Tenía una barba gris y lentes que parecían a punto de caerse.

—Gabriel. Justo a tiempo. Tenemos que hablar sobre tu artículo de Altamira.

—¿Lo vas a publicar?

Bernardo se quitó los lentes y suspiró.

—Siéntate.

Capítulo 8

La red oculta

Bernardo Salinas tenía esa mirada de editor que ha visto demasiado: cansada, escéptica, pero todavía con un destello de esa curiosidad que mantiene vivo el periodismo. Nos señaló dos sillas frente a su escritorio.

—Siéntense. Los dos.

Gabriel se sentó. Yo me quedé de pie hasta que una mirada de Bernardo me convenció de que no era sugerencia.

—Recibí tu correo —dijo Bernardo—. Los archivos, las notas, el video. Todo.

—¿Y? —preguntó Gabriel, inclinándose hacia adelante.

—Y es explosivo. Demasiado explosivo. —Bernardo se recargó en su silla, que rechinó bajo su peso—. Tienes documentos que implican a funcionarios federales, empresarios con conexiones políticas, y según tus notas, un tal Américo Solís Gamboa que nadie ha podido identificar en años.

—Por eso tiene que publicarse —dijo Gabriel—. Porque nadie más se ha atrevido.

—Gabriel, sabes que yo te respeto. Trece casos. Algunos de los mejores trabajos periodísticos de la última década. Pero esto... —Hizo una pausa—. Esto puede hundir al periódico.

—¿O puede hacer historia?

—O puede hacer que nos cierren. Ya sabes cómo funciona esto. Una llamada del gobierno, presión a los anunciantes, una auditoría fiscal sorpresa. Y de repente El Nacional deja de existir.

Gabriel se levantó.

—Entonces dame los archivos de vuelta y lo publico en otro lado.

—Siéntate, cabrón. No dije que no lo vamos a publicar. Dije que tenemos que hacerlo bien.

Gabriel se sentó de nuevo. Yo escuchaba sin entender completamente la dinámica, pero empezaba a ver que había una danza aquí, un juego de poder entre dos personas que se conocían desde hace tiempo.

Bernardo sacó una carpeta de su cajón y la puso sobre el escritorio.

—Después de leer tu correo, hice algunas llamadas. Discretas. Tengo un contacto en la Unidad de Inteligencia Financiera. Le pasé algunos nombres de tu investigación. Y me confirmó algo que sospechaba: esto no es solo huachicol.

—¿Qué es?

—Lavado de dinero a escala industrial. Las empresas fantasma que identificaste, los viajes ficticios de los buques, todo es para legitimar dinero sucio. Principalmente de tráfico de drogas, pero también de trata de personas y contrabando de armas.

Gabriel y yo nos miramos.

—¿Qué tan arriba llega? —preguntó Gabriel.

—Muy arriba. Mi contacto mencionó que hay una investigación federal, pero que está congelada desde hace dos años. Órdenes directas de la Fiscalía General. Tu amiga Jova Naredo no fue la primera en intentar destapar esto. Hubo otros tres antes que ella. Dos renunciaron después de amenazas. El tercero tuvo un "accidente" de coche en la carretera a Monterrey.

Se me revolvió el estómago.

—¿Y Américo Solís Gamboa? —insistió Gabriel—. ¿Conseguiste algo sobre él?

Bernardo abrió la carpeta y sacó una foto borrosa. Era una imagen tomada desde lejos, probablemente con un telefoto. Se veía a un hombre de unos cincuenta años, complexión media, cabello gris, vestido con traje oscuro. Nada memorable. Nada distintivo.

—Esta es la única foto que existe de él. Tomada hace tres años en Monterrey, en una reunión con empresarios del sector energético. Mi contacto dice que Solís Gamboa es un operador. Alguien que conecta a los políticos con los criminales, que lava el dinero, que firma los documentos. Pero siempre desde las sombras. Nunca hay evidencia directa que lo conecte con nada.

—Hasta ahora —dijo Gabriel—. Los documentos que tenemos lo mencionan. Su nombre aparece en contratos, en transferencias bancarias.

—Sí, pero nunca como el responsable directo. Siempre como apoderado legal, como intermediario. Es intocable precisamente porque nunca deja huellas.

—Entonces lo hacemos visible —dijo Gabriel—. Publicamos su nombre, su foto, sus conexiones. Lo sacamos de las sombras.

Bernardo se frotó los ojos.

—Si hacemos eso, Gabriel, lo sabemos. Nos van a atacar. Van a intentar desacreditarnos, demandarnos, tal vez algo peor. Necesito que estés seguro de que la evidencia es sólida. Porque si publicamos y resulta que hay un error, un solo error, nos destruyen.

—La evidencia es sólida. Tengo documentos, testimonios grabados, registros financieros. Todo corroborado.

—¿Y testigos vivos?

Gabriel dudó.

—Rigoberto Maldonado, el capitán de puerto. Habló conmigo. Me dio archivos.

—¿Está dispuesto a testificar públicamente?

—No lo sé. Estaba aterrado. Le amenazaron a su nieto.

—Entonces no tenemos testigo. —Bernardo cerró la carpeta—. Mira, Gabriel, yo quiero publicar esto. De verdad. Pero necesito al menos un testigo que esté dispuesto a hablar con nombre y apellido. Sin eso, todo esto son documentos anónimos. Y los documentos anónimos no aguantan en tribunales.

Me aclaré la garganta. Ambos me miraron.

—Yo —dije.

—¿Tú qué? —preguntó Bernardo.

—Yo puedo testificar. Trabajé en la Fiscalía veintitrés años. Vi los documentos. Conocí a Jova Naredo. Sé cómo funciona el sistema por dentro.

Bernardo me miró como si me acabara de materializar.

—¿Y quién eres tú?

—Marcos Santillana. Personal de apoyo administrativo en el archivo central de la Fiscalía General de la República.

—¿Estás dispuesto a que tu nombre aparezca en el artículo?

Miré a Gabriel. Él negó ligeramente con la cabeza, como diciéndome: no tienes que hacer esto.

Pero yo ya había tomado la decisión.

—Sí. Estoy dispuesto.

Bernardo tamborileó los dedos sobre el escritorio.

—Está bien. Vamos a hacerlo. Pero necesito dos días. Dos días para verificar cada dato, para blindar legalmente el artículo, para preparar una estrategia de publicación. Gabriel, tú y tu amigo se quedan aquí, en la ciudad, pero no en sus casas. Les voy a conseguir un lugar seguro.

—Ya tengo un lugar —dijo Gabriel.

—No me digas dónde. Mejor que no lo sepa. —Bernardo se levantó—. Publicamos el sábado. Portada completa. Y que sea lo que Dios quiera.

Salimos de las oficinas de El Nacional con una mezcla de alivio y terror. Iban a publicar. Eso era lo importante. Pero también significaba que en dos días seríamos blanco oficial.

Gabriel me llevó a un departamento en la colonia Roma. Era de un amigo suyo que estaba fuera del país.

—Aquí podemos quedarnos unos días —dijo abriendo con una llave que sacó de debajo de un macetero—. Nadie sabe de este lugar excepto yo.

El departamento era pequeño pero acogedor. Libros por todos lados, plantas en las ventanas, fotos de viajes en las paredes. Alguien con buen gusto vivía aquí.

Gabriel se dejó caer en el sofá.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó.

—¿El qué?

—Ofrecerte como testigo. Sabes lo que eso significa. Tu nombre va a salir publicado. Van a saber quién eres. Nunca más vas a poder ser invisible.

Me senté en el sillón frente a él.

—Eso ya se acabó, Gabriel. Dejé de ser invisible la noche que Jova me dio esos documentos. Solo que no me había dado cuenta hasta ahora.

—Marcos, esto no es un juego. Van a ir tras de ti. Pueden amenazarte, lastimarte, matarte.

—Lo sé. Pero si no lo hago, ¿de qué sirvió todo? ¿De qué sirvió que Jova muriera? Al menos si hablo, si digo lo que vi, su muerte significa algo.

Gabriel asintió lentamente.

—Está bien. Pero a partir de ahora, no sales solo. Vamos juntos a todos lados. Y si algo se siente mal, nos largamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Esa tarde Gabriel trabajó en su laptop, puliendo el artículo, verificando datos. Yo me quedé mirando por la ventana, viendo la ciudad moverse indiferente a lo que estaba por venir.

Mi celular sonó. Número desconocido. Dudé antes de contestar.

—¿Sí?

—Marcos Santillana.

No era una pregunta. Era una afirmación. Una voz que no reconocí. Masculina, calmada, casi amable.

—¿Quién habla?

—Alguien que quiere ayudarte. Sé que estás trabajando con Gabriel Cardenal en una historia sobre Altamira. Sé que tienen documentos. Y sé que van a publicar.

—¿Cómo conseguiste mi número?

—Eso no importa. Lo que importa es que cometas un error. Lo que están por publicar va a lastimar a mucha gente. Gente poderosa. Gente que no perdona.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia. Todavía pueden detenerse. Pueden olvidar lo que vieron, destruir esos documentos, y seguir con sus vidas. Nadie los va a molestar. Incluso podemos hacer que valga la pena económicamente.

—¿Me están ofreciendo dinero?

—Estamos ofreciendo una salida. Una oportunidad de sobrevivir.

—No estoy interesado.

—Marcos, piénsalo. Tienes toda una vida por delante. ¿Vale la pena morir por esto?

—Jova Naredo pensó que sí.

Hubo un silencio. Luego la voz, ahora más fría:

—Jova Naredo era una idealista. Y los idealistas terminan mal. No cometas su error.

—Vete al diablo.

Colgué.

Las manos me temblaban. Gabriel se acercó.

—¿Quién era?

—Ellos. No sé quién específicamente, pero era alguien de la red. Me ofrecieron dinero para que me callara.

—¿Qué les dijiste?

—Que no.

Gabriel sonrió, pero era una sonrisa triste.

—Eso significa que saben dónde estamos. O al menos que están cerca. Tenemos que movernos de nuevo.

—¿A dónde?

—A ningún lado todavía. Pero tenemos que estar listos. Empaca lo esencial. Y a partir de ahora, apaga tu celular. Solo usamos los desechables.

Esa noche no dormí. Me quedé despierto escuchando los ruidos de la ciudad, preguntándome si cada coche que pasaba era ellos, si cada paso en el pasillo era alguien que venía por nosotros.

Gabriel tampoco durmió. Lo escuché tecleando toda la noche, preparando el artículo, blindándolo, haciéndolo perfecto.

Al amanecer me mostró la pantalla.

—Listo. Esto es lo que vamos a publicar.

Leí el encabezado:

"La red fantasma: cómo empresas inexistentes saquean los puertos de México con protección política"

Por Gabriel Cardenal

Y debajo, en letras más pequeñas:

Con testimonio de Marcos Santillana, funcionario de la Fiscalía General de la República

Mi nombre. Ahí. Para que todo el mundo lo viera.

—¿Estás seguro? —preguntó Gabriel—. Todavía podemos quitarlo. Puedo decir que es un testimonio anónimo.

—No. Déjalo. Si voy a hacer esto, lo hago bien.

—Entonces ya no hay vuelta atrás.

—Nunca la hubo.

Gabriel envió el artículo a Bernardo. La respuesta llegó diez minutos después:

"Recibido. Verificando últimos datos. Publicación confirmada para el sábado. Prepárense para el caos."

Faltaban veinticuatro horas.

Gabriel y yo pasamos el viernes encerrados, esperando. No salimos. No hicimos llamadas. Solo esperamos.

A las seis de la tarde, Gabriel recibió un mensaje de Bernardo:

"Tenemos un problema. El director recibió una llamada. Presión desde arriba. Quieren detener la publicación."

Gabriel respondió:

"¿Y?"

"Hablé con él. Le dije que si no publicamos esto, renuncio. Y otros cinco periodistas también. Cedió. Publicamos. Pero espera demandas, amenazas, todo el paquete."

"Estamos listos."

"Espero que sí. Porque después de mañana, todo cambia."

El sábado amaneció gris.

A las seis de la mañana, el artículo se publicó en la edición digital de El Nacional. A las siete, la edición impresa salió a las calles.

Para las ocho, las redes sociales ya lo habían hecho viral.

Para las nueve, la Fiscalía General había emitido un comunicado negando todo y amenazando con demandar por difamación.

Para las diez, tres canales de televisión habían hecho reportajes sobre el artículo.

Para las once, mi teléfono —el viejo, el que había apagado— empezó a recibir decenas de llamadas perdidas. Números desconocidos. Mensajes amenazantes.

Gabriel y yo vimos todo desde el departamento, pegados a la pantalla de la laptop.

—Lo logramos —dijo Gabriel—. Está en todas partes. Ya no pueden enterrarlo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora vemos qué tan buena es su memoria la gente. Y qué tan poderosa es la red.

Esa tarde, el teléfono de Gabriel sonó. Era Bernardo.

—Tenemos que hablar. Ya. Vengan a la oficina.

—¿Qué pasó? —preguntó Gabriel.

—Pasó que tenemos más de lo que pensábamos. Alguien filtró documentos adicionales. Cosas que ni tú tenías. Y están conectando todo a nombres específicos. Muy específicos.

—¿Quién los filtró?

—No lo sé. Llegaron esta mañana en un sobre manila. Sin remitente. Pero son reales. Los verificamos.

Gabriel me miró.

—Vamos.

Cuando llegamos a El Nacional, la redacción era un caos controlado. Teléfonos sonando, periodistas gritando, editores corriendo de un lado a otro.

Bernardo nos llevó a una sala de conferencias. Sobre la mesa había docenas de documentos.

—Miren esto —dijo—. Contratos firmados por funcionarios de la Secretaría de Energía. Transferencias bancarias directas a cuentas en el extranjero. Y lo mejor de todo... —Sacó una fotografía—. Una foto de Américo Solís Gamboa reunido con el subsecretario de Puertos.

Era una foto clara, tomada en lo que parecía un restaurante. Los dos hombres estrechándose la mano, sonriendo.

—¿De dónde salió esto? —preguntó Gabriel.

—Del sobre. Junto con una nota manuscrita.

Bernardo nos mostró la nota. Decía:

"Terminen lo que Jova empezó. Ella sabía más de lo que les dijo. Esto es solo el principio."

No había firma.

Pero yo reconocí la letra.

Era la letra de Jova.

Capítulo 9

Amenazas veladas

La letra de Jova. Pequeña, precisa, inconfundible. La misma que había visto en su cuaderno de pasta dura, la misma con la que anotaba datos como si cada palabra fuera una pieza de un rompecabezas que solo ella podía ver completo.

—¿Estás seguro? —preguntó Gabriel.

—Completamente. Es su letra. La vi cientos de veces.

Bernardo tomó la nota con cuidado, como si fuera una reliquia.

—¿Qué significa esto? ¿Qué Jova preparó todo esto antes de morir?

—Significa —dijo Gabriel lentamente— que ella sabía que la iban a matar. Y dejó un seguro. Alguien tenía instrucciones de enviar estos documentos si algo le pasaba.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Quién tendría acceso a esto?

Gabriel negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero quien sea, acaba de ponerse en peligro. Si los de la red descubren quién envió esto, van a ir por esa persona también.

Bernardo se sentó pesadamente.

—Esto cambia todo. Con estos documentos podemos hacer una segunda parte. Una investigación más profunda. Nombres, rostros, conexiones directas. Podemos desmantelar toda la red.

—O podemos conseguir que nos maten a todos —dije.

—Esa también es una posibilidad —admitió Bernardo—. Pero ya estamos adentro. El artículo de hoy es solo el primer golpe. Si nos detenemos ahora, ellos se reagrupan, tapan todo, y en seis meses esto queda en el olvido. Pero si seguimos presionando, si publicamos todo lo que tenemos, les quitamos espacio para maniobrar.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó Gabriel.

—Una semana. Tal vez dos. Para verificar todo, para construir la historia completa.

—No tenemos dos semanas. A estas alturas ya saben que hay más documentos. Van a moverse rápido. Van a eliminar evidencia, amenazar testigos, tal vez algo peor.

—¿Entonces qué propones?

Gabriel se quedó pensando. Luego dijo:

—Publicamos en partes. Un artículo cada tres días. Vamos revelando la información poco a poco. Eso nos da tiempo para verificar, pero también mantiene la presión constante. No les damos chance de que el público se olvide.

Bernardo asintió.

—Me gusta. Es arriesgado, pero puede funcionar. —Miró a Gabriel—. ¿Puedes tener la segunda entrega lista para el martes?

—Puedo tenerla lista mañana si es necesario.

—Martes está bien. Eso me da tiempo para hablar con los abogados, preparar defensas legales. —Se volvió hacia mí—. Y tú, Marcos, ¿cómo estás?

—¿Honestamente? Aterrado.

—Bien. El miedo te mantiene alerta. —Se levantó—. Ahora los dos, fuera de aquí. Y sean cuidadosos. Después de hoy, ustedes son blancos oficiales.

Salimos de El Nacional por la puerta trasera. Gabriel había insistido en no usar la entrada principal. En la calle, cada persona que nos miraba parecía una amenaza potencial. Cada coche estacionado, un peligro.

Tomamos un Uber. Gabriel le dio una dirección que no reconocí.

—¿A dónde vamos?

—A casa de alguien en quien confío. Alguien que nos puede ayudar a mantenernos vivos.

El Uber nos dejó en la colonia Narvarte, frente a un edificio viejo de departamentos. Gabriel tocó el timbre del 304.

—¿Quién? —preguntó una voz femenina a través del intercomunicador.

—Lucía, soy Gabriel.

La puerta se abrió con un zumbido.

Subimos tres pisos por escaleras que olían a humedad. Lucía Estrada nos esperaba en la puerta. Era la misma mujer que me había recibido en Querétaro.

—No me dijiste que ibas a traer compañía —dijo.

—Ya se conocen —respondió Gabriel—. Marcos estuvo en tu casa hace una semana.

—Sí, lo recuerdo. El que huía de la fiscalía. —Me miró—. Veo que dejaste de huir.

—No tuve opción.

—Nunca la hay. Pasen.

El departamento de Lucía era pequeño pero ordenado. Paredes llenas de diplomas y fotografías: marchas, protestas, casos legales. Una vida dedicada a la defensa de los derechos humanos.

—¿Vieron el artículo? —preguntó Gabriel.

—Todo el mundo vio el artículo. Está en todos lados. Ya hay tres demandas contra El Nacional. Difamación, daño moral, lo usual. Pero también hay algo más preocupante.

—¿Qué?

—Esta mañana la Fiscalía emitió una orden de localización contra Marcos Santillana. Oficialmente es para "interrogarlo como testigo". Extraoficialmente, es para asustarlo.

Se me secó la boca.

—¿Pueden hacer eso?

—Pueden hacer lo que quieran —dijo Lucía—. La ley es maleable cuando tienes el poder suficiente. Pero no te preocupes. Yo puedo representarte legalmente. Si intentan detenerte, puedo bloquearlos, al menos temporalmente.

—¿Temporalmente?

—Marcos, tienes que entender algo. Lo que están haciendo tú y Gabriel es importante, valiente, necesario. Pero también es peligroso. La gente con la que se están metiendo no juega limpio. Van a usar la ley cuando les convenga, y van a ignorarla cuando no. Mi trabajo es protegerte en el marco legal. Pero si deciden actuar fuera de la ley... —Dejó la frase en el aire.

—Entiendo.

—Bien. Ahora, necesito que me cuenten todo. Desde el principio. Cada detalle. Porque si vamos a defendernos de esto, necesito saber exactamente contra qué nos enfrentamos.

Pasamos las siguientes tres horas contándole todo a Lucía. Ella tomaba notas en una libreta, hacía preguntas puntuales, pedía aclaraciones. Era meticulosa, exhaustiva. Cuando terminamos, tenía diez páginas llenas.

—Está bien —dijo finalmente—. Esto es lo que vamos a hacer. Gabriel, tú sigues trabajando en los artículos, pero desde aquí. No vuelvas a tu casa, no vayas a lugares conocidos. Marcos, tú te quedas conmigo. Si la fiscalía te busca, que sepan dónde encontrarte, pero en un lugar donde tengan que actuar legalmente.

—¿Crees que eso los detenga? —preguntó Gabriel.

—No. Pero les complica las cosas. Y entre más complicado se lo hagamos, más tiempo tenemos.

—¿Tiempo para qué? —pregunté.

—Para que la historia crezca tanto que no puedan enterrarla. Una vez que la opinión pública esté de su lado, es más difícil hacerles daño. No imposible, pero más difícil.

Gabriel se levantó.

—Entonces me pongo a trabajar. La segunda entrega tiene que estar lista para el martes.

—¿De qué va a tratar? —preguntó Lucía.

—De las empresas fantasma. Quién las creó, quién las opera, a dónde va el dinero. Y voy a mencionar a Américo Solís Gamboa directamente. Con foto y todo.

—Eso va a provocar una reacción fuerte —dijo Lucía.

—Ese es el punto.

Esa noche Gabriel trabajó en la mesa del comedor de Lucía, rodeado de documentos y con tres laptops abiertas. Yo intenté ayudar, pero mi trabajo en la fiscalía nunca me había preparado para esto. Así que me dediqué a hacer café, a organizar documentos, a ser útil de la manera en que sabía.

A las once de la noche, el teléfono de Lucía sonó. Contestó con su voz profesional de abogada.

—¿Sí? —Escuchó en silencio. Su expresión se oscureció—. Entiendo. No, no va a presentarse voluntariamente sin garantías... Porque es mi cliente y yo decido la estrategia legal... Mañana a las diez. En su oficina. Con un notario presente. —Colgó.

—¿Qué pasó? —preguntó Gabriel.

—Eso era el licenciado Estrada. El fiscal titular. Quiere interrogar a Marcos mañana.

—¿Dionisio Estrada? —dije—. ¿El jefe de Jova?

—El mismo. Dice que es una conversación informal, solo para aclarar algunos puntos del artículo. Pero no es una invitación. Es una orden disfrazada de cortesía.

—No voy a ir —dije—. Ese hombre está metido hasta el cuello en todo esto.

—Lo sé. Por eso voy a ir contigo. Y por eso va a ser en terreno neutral, con testigos, con todo documentado. No te va a poder tocar.

—¿Estás segura?

—No. Pero es la mejor opción que tenemos. Si no te presentas, emiten una orden de aprehensión. Y entonces sí que estamos jodidos.

Gabriel dejó de teclear.

—Marcos, no tienes que ir. Podemos esconderte, sacarte del país si es necesario.

—No. Ya no más. Ya me cansé de esconderme. —Miré a Lucía—. Voy a ir. Pero tú vienes conmigo.

—Por supuesto.

A la mañana siguiente nos preparamos como si fuéramos a la guerra. Lucía revisó cada documento, cada nota, cada detalle legal. Gabriel me entrenó sobre qué decir y qué no decir.

—Regla número uno: no digas nada que no esté en el artículo —explicó Gabriel—. Regla número dos: si te preguntan algo que no sabes, di "no lo recuerdo". Regla número tres: si Lucía te dice que no contestes, no contestas. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y Marcos... —Gabriel puso una mano en mi hombro—. Si algo sale mal, si sientes que estás en peligro real, sal de ahí. Gritas, corres, lo que sea. Tu vida vale más que cualquier declaración.

A las diez menos cuarto llegamos a la Fiscalía General. Era extraño estar ahí de nuevo. Los mismos pasillos grises, el mismo olor a tinta barata y desinfectante. Pero ahora yo era diferente. Ya no era invisible. Era el enemigo.

Algunos empleados me reconocieron. Vi sus miradas de sorpresa, de miedo, de desprecio. Rodolfo Cisneros, mi compañero de archivo, se volteó cuando me vio, fingiendo no conocerme.

Nos llevaron a una sala de juntas en el cuarto piso. Dionisio Estrada ya estaba ahí, acompañado de dos hombres que no reconocí. Uno era un abogado de traje gris. El otro parecía un asistente.

—Señor Santillana —dijo Estrada con esa voz de político que había perfeccionado en treinta años—. Qué bueno que vino.

—No es una visita social —respondió Lucía—. Mi cliente está aquí bajo protesta y solo para responder preguntas específicas relacionadas con el artículo publicado.

—Por supuesto. —Estrada sonrió, pero era una sonrisa sin humor—. Solo queremos aclarar algunas inconsistencias.

Se sentaron. Yo me senté al lado de Lucía, con las manos sudando.

—Señor Santillana —comenzó el abogado de traje gris—, usted afirma en el artículo que tuvo acceso a documentos confidenciales de esta fiscalía. ¿Es correcto?

—Trabajé aquí veintitrés años. Tuve acceso a muchos documentos.

—¿Y esos documentos, los sustrajo ilegalmente?

—Los documentos que entregué al periodista Gabriel Cardenal eran copias que me fueron proporcionadas por la analista Jova Naredo, quien tenía autorización para manejarlos.

—Jova Naredo está muerta —dijo Estrada—. Muy conveniente que no pueda confirmar o negar su versión.

—Está muerta porque alguien la mató —respondí, sintiendo la rabia subir por mi garganta—. Igual que mataron a otros que intentaron investigar lo mismo.

—¿Tiene pruebas de esa acusación?

—Las pruebas están en los documentos.

El abogado hojeó un folder.

—Señor Santillana, ¿es verdad que usted fue suspendido en dos ocasiones por problemas de desempeño?

—¿Qué? No. Nunca fui suspendido.

—Tengo aquí un reporte de 2019 donde se le amonesta por...

—Eso es mentira —interrumpió Lucía—. Y si tienen documentos fabricados para desacreditar a mi cliente, eso solo confirma que están intentando silenciarlo.

El abogado cerró el folder.

—Señor Santillana, ¿conoce a Américo Solís Gamboa?

—Solo por los documentos.

—¿Nunca lo ha visto en persona?

—No.

—¿Nunca ha hablado con él?

—No.

—¿Entonces cómo puede acusarlo de estar involucrado en una red criminal?

—Porque su nombre aparece en contratos, en transferencias bancarias, en documentos oficiales. Está conectado con todo.

Estrada se inclinó hacia adelante.

—Marcos, ¿puedo llamarte Marcos? Trabajaste aquí muchos años. Conoces cómo funciona el sistema. Sabes que a veces las cosas no son lo que parecen. Tal vez te dejaste llevar por ideas equivocadas, por la influencia de ese periodista. No es tarde para rectificar.

—¿Me está pidiendo que me retracte?

—Te estoy ofreciendo una salida. Una forma de arreglar esto sin consecuencias mayores.

—La única persona que necesita una salida es usted, licenciado Estrada. Porque cuando publiquen la segunda parte de la investigación, su nombre va a aparecer también.

El silencio que siguió fue absoluto.

Estrada se levantó lentamente. Su rostro se había endurecido.

—Creo que esta reunión terminó. Señor Santillana, espero que entienda las consecuencias de sus acciones. No solo para usted, sino para su familia, sus amigos, todos los que lo rodean.

—¿Es una amenaza? —preguntó Lucía.

—Es una advertencia. Hay fuerzas en juego que ustedes no comprenden. Personas que no van a detenerse ante nada.

—Dígales —dije levantándome— que nosotros tampoco.

Salimos de la sala. Mi corazón latía tan fuerte que pensé que se me iba a salir del pecho. Pero lo había hecho. Le había dicho todo a la cara.

Ya en la calle, Lucía me miró con algo parecido a la admiración.

—Eso fue estúpido y valiente a partes iguales.

—¿Lo hice mal?

—No. Lo hiciste perfecto. Ahora tienen claro que no te van a asustar. Pero también significa que van a subir el nivel de presión.

Regresamos al departamento de Lucía. Gabriel nos esperaba con expresión sombría.

—Vi las noticias. La Fiscalía acaba de emitir un comunicado. Dicen que Marcos Santillana fue despedido hace años por robo y que todo lo que dice es una venganza personal.

—Es mentira —dije.

—Lo sé. Pero ellos tienen el megáfono más grande. Tenemos que contrarrestar rápido. —Gabriel abrió su laptop—. La segunda entrega se publica mañana. Y esta vez vamos más fuerte. Nombres completos, conexiones políticas, todo. Es hora de que esto explote de verdad.

Esa noche no pude dormir. Me quedé en el sofá de Lucía, mirando el techo, pensando en todo lo que había pasado en las últimas semanas. Desde el día que conocí a Jova hasta este momento. Todo había cambiado. Yo había cambiado.

Jova tenía razón. A veces la invisibilidad es la mejor protección.

Pero a veces, ser visible es la única manera de sobrevivir.

Capítulo 10

El derrumbe del fiscal

La segunda entrega se publicó el martes a las seis de la mañana.

Esta vez Gabriel no se anduvo con rodeos. El titular era directo, casi brutal:

"Américo Solís Gamboa: el hombre que no existe pero controla millones"

El artículo incluía la foto que habían recibido en el sobre anónimo: Solís Gamboa estrechando la mano del subsecretario de Puertos. Incluía también un árbol genealógico de empresas fantasma, todas conectadas a su nombre. Transferencias bancarias por cantidades obscenas. Contratos firmados por funcionarios públicos que luego negaban conocerlo.

Y en el tercer párrafo, Gabriel nombraba a Dionisio Estrada.

"El fiscal Dionisio Estrada, quien ha dirigido la Unidad Especializada en Investigación de Delitos contra el Ambiente durante los últimos ocho años, firmó al menos doce oficios autorizando investigaciones que luego fueron archivadas sin explicación. Entre esas investigaciones, cinco involucraban directamente a empresas vinculadas con Américo Solís Gamboa."

No era una acusación directa. Era algo peor: era una pregunta que el lector no podía ignorar.

A las ocho de la mañana, el teléfono de Lucía no paraba de sonar. Canales de televisión pidiendo entrevistas. Otros periodistas queriendo corroborar datos. Abogados de la Fiscalía amenazando con demandas.

Y a las nueve, algo que nadie esperaba: una llamada de Rigoberto Maldonado.

Gabriel atendió con el altavoz activado.

—¿Señor Maldonado?

—Cardenal. —La voz sonaba vieja, cansada—. Vi su artículo. El de hoy.

—¿Y?

—Y quiero hablar. Públicamente. Estoy cansado de tener miedo. Mi nieto está bien, lo saqué de la ciudad. Ya no pueden usarlo contra mí.

Gabriel me miró. Asentí.

—¿Cuándo puede venir a la Ciudad de México?

—Ya estoy aquí. Llegué anoche. Puedo verlos hoy si es necesario.

—¿Dónde está?

—En una pensión de la colonia Doctores. Calle Aranda 47.

—No salga de ahí. Vamos para allá.

Colgó y se levantó de inmediato.

—Esto cambia todo —dijo—. Si Maldonado testifica, tenemos un caso sólido. Un funcionario público, con veinte años en el puerto, diciendo lo que vio. Es oro puro.

—¿Crees que sea una trampa? —preguntó Lucía.

—Es posible. Pero tenemos que arriesgarnos. Marcos, tú te quedas aquí.

—No —dijo—. Voy contigo.

—Marcos...

—Voy contigo. Ya no voy a quedarme escondido mientras otros hacen el trabajo.

Gabriel suspiró.

—Está bien. Pero hacemos esto a mi manera. Llevo cámara, grabadora, todo documentado. Y si algo se siente mal, nos vamos.

Lucía nos prestó su coche —un Versa blanco anónimo— y nos dio su bendición con una advertencia:

—Si no se reportan en dos horas, llamo a la policía. Y al ejército. Y a quien sea necesario.

Manejamos hacia la colonia Doctores. Era un barrio viejo, de edificios deteriorados y calles estrechas. La pensión estaba en una construcción de tres pisos con fachada de azulejo desconchado.

Gabriel estacionó a media cuadra.

—Primero reconocemos. Buscamos salidas, coches sospechosos, cualquier cosa rara.

Caminamos alrededor de la manzana. Todo parecía normal: señoras barriendo sus entradas, niños jugando en la calle, un señor vendiendo tamales en la esquina.

—Parece limpio —dijo Gabriel.

Entramos a la pensión. El lobby olía a humedad y cloro. Un hombre mayor dormitaba detrás del mostrador.

—¿El señor Maldonado? —preguntó Gabriel.

El hombre señaló hacia arriba sin abrir los ojos.

—Cuarto 12. Segundo piso.

Subimos por escaleras de mosaico roto. El pasillo del segundo piso era estrecho y mal iluminado. Había cinco puertas. La del cuarto 12 estaba entreabierta.

Gabriel tocó.

—¿Señor Maldonado? Soy Gabriel Cardenal.

—Adelante.

Empujamos la puerta. Maldonado estaba sentado en una cama individual, con una maleta pequeña a sus pies. Se veía más viejo que en la foto que Gabriel me había mostrado. El cabello completamente blanco, la piel curtida por años de sol en el puerto.

—Pasen. Cierren la puerta.

Gabriel cerró y puso el seguro.

—¿Está solo?

—Completamente. Como quedamos.

Gabriel sacó la grabadora y la puso sobre la mesita de noche.

—Voy a grabar esto, si no le importa. Y después vamos a ir a las oficinas de El Nacional para que dé su testimonio formalmente.

—Me parece bien. Ya tomé la decisión. Sea lo que sea, ya no me importa.

—¿Qué lo hizo cambiar de opinión? —pregunté.

Maldonado me miró con ojos cansados.

—La muerte de Jova Naredo. Leí que ustedes mencionan su nombre en los artículos. Yo la conocí. Hace como un año vino al puerto a pedir información. Era una mujer valiente. Y murió por hacer lo correcto. —Hizo una pausa—. Tengo sesenta y dos años. Si me matan ahora, al menos voy a morir habiendo dicho la verdad.

Gabriel encendió la grabadora.

—Díganos todo. Desde el principio.

Y Maldonado habló.

Habló de cómo hace cinco años empezó a notar irregularidades en los manifiestos de carga. Buques que reportaban más combustible del que podían transportar. Viajes que no cuadraban con los registros satelitales. Empresas que facturaban millones pero que no tenían oficinas físicas.

Habló de cómo intentó reportarlo a sus superiores y fue amenazado. De cómo un día dos hombres lo visitaron en su casa y le dijeron exactamente cuántos nietos tenía y en qué escuelas estudiaban.

Habló de Américo Solís Gamboa.

—Lo vi una vez —dijo—. Hace tres años. Vino al puerto en un coche blindado. Se reunió con el administrador portuario y con dos funcionarios de la Secretaría de Energía. Yo estaba haciendo una inspección de rutina en el muelle cuando pasaron frente a mí. Uno de los funcionarios lo llamó por su nombre. Américo.

—¿Puede describirlo?

—Hombre de unos cincuenta años, bien vestido, cabello gris. Nada especial. Pero la forma en que los demás lo trataban... había respeto. O miedo. Probablemente ambas cosas.

—¿Y qué pasó después de esa reunión?

—Tres días después, desaparecieron varios archivos del sistema. Manifiestos, registros de inspección, correspondencia oficial. Como si alguien hubiera limpiado todo. Y a mí me dijeron que me tomara unas vacaciones. Obligatorias. Dos semanas.

Gabriel seguía grabando, tomando notas.

—¿Conoce a Dionisio Estrada?

—Sí. Vino al puerto varias veces. Siempre en plan oficial, siempre con su gente de la Fiscalía. Pero nunca pasaba nada. Las investigaciones se abrían, se archivaban documentos, se tomaban declaraciones. Y después todo se cerraba. Sin consecuencias.

—¿Cree que Estrada está coludido?

Maldonado se quedó callado un momento.

—No puedo probarlo. Pero sé que en este negocio nadie sobrevive tanto tiempo sin estar de un lado o del otro. Y él lleva ocho años en ese puesto. Ocho años sin resolver ni un solo caso importante.

Gabriel apagó la grabadora.

—Esto es suficiente para una tercera entrega. Y para que la Fiscalía no tenga más remedio que actuar.

—¿De verdad cree que van a hacer algo? —preguntó Maldonado con escepticismo.

—Si hay suficiente presión pública, no van a tener opción. Y usted, señor Maldonado, acaba de darles esa presión.

Salimos de la pensión una hora después, con horas de grabación y una declaración firmada. Maldonado insistió en ir con nosotros a las oficinas de El Nacional.

—Si voy a hacer esto, lo hago bien —dijo—. Quiero que mi rostro aparezca en los periódicos. Quiero que sepan que ya no tengo miedo.

En el camino, mi teléfono sonó. Era un número que no tenía registrado, pero que reconocí: era de la fiscalía.

—¿Sí?

—¿Señor Santillana? —Era una voz de mujer, formal, distante—. Habla de la oficina del fiscal general. Necesitamos que venga de inmediato.

—¿Para qué?

—El licenciado Dionisio Estrada fue encontrado muerto esta mañana en su casa. Como usted lo amenazó públicamente ayer, necesitamos hacerle algunas preguntas.

Se me heló la sangre.

—¿Qué? ¿Muerto cómo?

—Eso no puedo revelarlo por teléfono. Pero es urgente que se presente. Colgué.

—¿Qué pasó? —preguntó Gabriel.

—Estrada. Está muerto.

Gabriel frenó en seco.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Y me están culpando a mí. Dicen que lo amenacé.

—Mierda. —Gabriel arrancó de nuevo—. Esto no es coincidencia. Lo mataron para silenciarlo. Y de paso te incriminan a ti.

—Pero yo no hice nada.

—Lo sé. Pero ellos van a usar esto para desacreditarte. Para hacer que todo lo que dijiste parezca la venganza de un empleado despedido que mató a su exjefe.

Maldonado se inclinó desde el asiento trasero.

—¿Estrada está muerto?

—Eso dijeron.

—Entonces ya empezaron a limpiar. Van a eliminar a todos los que saben demasiado. Y después van a desaparecer en las sombras de nuevo.

Llegamos a El Nacional. La redacción era un caos. Periodistas corriendo, teléfonos sonando, televisores encendidos mostrando la noticia:

"Muere fiscal de la FGR investigado por corrupción. Presunto suicidio."

Bernardo salió de su oficina con expresión sombría.

—Gabriel. Ya vi las noticias.

—No fue suicidio.

—Lo sé. Pero es lo que van a vender. Y van a usar esto contra ustedes.

—Tenemos más —dijo Gabriel—. Tenemos a Rigoberto Maldonado. Está dispuesto a testificar públicamente.

Bernardo miró al hombre mayor que estaba detrás de nosotros.

—¿Es usted el capitán de puerto?

—Sí, señor.

—¿Sabe lo que significa testificar públicamente en un caso como este?

—Sí. Y estoy dispuesto.

Bernardo asintió lentamente.

—Entonces lo hacemos hoy. Ahora. Antes de que cambien la narrativa. Gabriel, tienes dos horas para escribir la tercera entrega. Va a publicarse esta tarde en digital. Y mañana en portada impresa.

—¿Y Marcos?

—Marcos se queda aquí. No puede salir. Si la Fiscalía lo busca, que lo busquen, pero no lo van a encontrar hasta que estemos listos.

Me llevaron a una oficina vacía en el cuarto piso. Gabriel me trajo café y se sentó frente a mí.

—¿Cómo te sientes?

—Como si todo se estuviera derrumbando.

—No se está derrumbando. Se está moviendo. Estrada era un pez gordo, pero no el más grande. Alguien lo mató porque ya era un riesgo. Porque nosotros lo habíamos expuesto. Eso significa que estamos llegando a algo.

—¿Y si me culpan de su muerte?

—No pueden. Estuviste conmigo todo el tiempo. Lucía es testigo. Y tenemos registros de movimientos. Pero van a intentar usar esto para desprestigiarte. Por eso tenemos que publicar la tercera entrega ya. Para que la gente sepa la verdad antes de que ellos planten su versión.

Gabriel salió a escribir. Yo me quedé en esa oficina, mirando por la ventana hacia la ciudad que se extendía gris e infinita.

Tres horas después, Bernardo tocó a la puerta.

—Ya está listo. ¿Quieres leerlo antes de que lo publiquemos?

Leí el artículo en la pantalla de su computadora.

El titular decía:

"El fiscal muerto y el testigo vivo: Rigoberto Maldonado rompe el silencio sobre Altamira"

El artículo incluía fragmentos de la entrevista con Maldonado. Su testimonio sobre Américo Solís Gamboa. Las irregularidades que vio durante años. Y al final, una nota sobre la muerte de Estrada:

"Horas después de que este periódico publicara evidencia de su posible colusión con redes criminales, el fiscal Dionisio Estrada fue encontrado muerto en su domicilio. Las autoridades hablan de suicidio. Pero fuentes cercanas al caso sugieren que pudo haber sido eliminado para evitar que testificara. Su muerte se suma a la de Jova Naredo y potencialmente a la de Esteban Loera, trabajador portuario que iba a servir como testigo y cuyo paradero se desconoce desde hace una semana."

—¿Lo publicamos? —preguntó Bernardo.

—Publíquenlo —dije.

El artículo salió a las cuatro de la tarde.

Para las cinco, era tendencia nacional en redes sociales.

Para las seis, tres canales de televisión habían interrumpido su programación para hablar del caso.

Para las siete, la Fiscalía General emitió un comunicado anunciando que abriría una investigación interna sobre las acusaciones.

Y para las ocho, recibimos una llamada anónima.

Gabriel atendió. Puso el altavoz.

—¿Sí?

—Señor Cardenal. —Era una voz masculina, tranquila, casi amable—. Admiro su trabajo. De verdad. Pero están jugando con fuego.

—¿Quién habla?

—Alguien que quisiera que esto terminara bien para todos. Estrada era un hombre débil. Se asustó cuando lo expusieron. Cometió errores. Por eso ya no está. Pero ustedes siguen siendo útiles. Por ahora.

—¿Útiles para qué?

—Para demostrar que el sistema funciona. Van a atrapar a algunas personas. Pequeños peces. Van a celebrar su victoria periodística. Y después todo volverá a la normalidad.

—¿Y Américo Solís Gamboa?

Una risa suave.

—Américo es un nombre en documentos. Una sombra. Pueden buscarlo todo lo que quieran. No lo van a encontrar. Porque la gente como él no existe de la manera en que ustedes creen que existe.

—Tenemos su foto.

—Tienen una foto de hace tres años. De alguien que pudo haber sido cualquiera. —La voz se endureció—. Escúchenme bien. Han llegado lejos. Más lejos de lo que nadie había llegado. Pero hay una línea que no deben cruzar. Y están a punto de cruzarla.

—¿Cuál línea?

—Lo sabrán cuando la crucen. Y para entonces será demasiado tarde.

La llamada se cortó.

Nos quedamos en silencio.

—¿Crees que sea él? —pregunté—. ¿Américo?

—No lo sé —dijo Gabriel—. Pero quien sea, acaba de confirmar que lo que estamos haciendo les duele.

Bernardo se levantó.

—A partir de ahora, nadie sale solo. Nadie habla con extraños. Y Gabriel, tú y Marcos se quedan aquí esta noche. En el edificio. Ya preparé dos cuartos en el quinto piso. Solían ser para periodistas de fuera, pero ahora son para ustedes.

Esa noche dormimos —o intentamos dormir— en las viejas habitaciones de El Nacional. Gabriel en una, yo en la otra. Cada ruido me despertaba. Cada sombra en la ventana me ponía alerta.

A las tres de la mañana me levanté y salí al pasillo. Gabriel estaba ahí también, sentado en el piso con la espalda contra la pared.

—No podías dormir tampoco —dijo.

—No.

—Yo dejé de dormir bien hace años. Te acostumbras.

Me senté a su lado.

—Gabriel, ¿crees que vamos a ganar esto?

—Define ganar.

—Que atrapen a los culpables. Que paguen por lo que hicieron.

Gabriel se quedó callado un momento.

—Van a atrapar a algunos. Tal vez a varios. Pero no a todos. Nunca son todos. Los más grandes siempre se escapan. Cambian de nombre, se van del país, se reinventan. Y en cinco años están de vuelta haciendo lo mismo con otra cara.

—Entonces ¿para qué hacemos esto?

—Porque cada vez que lo hacemos, les quitamos un pedazo de terreno. Les complicamos las cosas. Y dejamos un registro. Para que la próxima persona que investigue tenga algo de dónde empezar. —Me miró—. No vamos a derrotar el mal, Marcos. Pero podemos hacerle la vida más difícil. Y a veces eso es suficiente.

Nos quedamos sentados en ese pasillo hasta que amaneció.

Capítulo 11

La paradoja del sobreviviente

Las cosas se aceleraron después de la muerte de Estrada.

La Fiscalía General, presionada por la opinión pública y los medios, anunció la formación de una comisión especial para investigar las irregularidades en Altamira. Nombraron a un fiscal externo, alguien supuestamente limpio, con un historial impecable.

Su nombre era Leopoldo Andrade. Cincuenta y tres años. Veinte años de carrera. Cero casos perdidos y, según Gabriel, cero casos difíciles ganados. Un burócrata perfecto: lo suficientemente competente para parecer serio, lo suficientemente dócil para no incomodar a nadie importante.

La primera semana después de la publicación de la tercera entrega fue un torbellino mediático. Gabriel dio entrevistas en radio, televisión, podcasts. Rigoberto Maldonado se convirtió en la cara pública del escándalo, el hombre valiente que se atrevió a hablar. Yo me mantuve en segundo plano, dando declaraciones escritas, evitando cámaras.

Lucía me había aconsejado mantener un perfil bajo.

—Eres el testigo clave —me dijo—. Si algo te pasa, el caso se debilita. Mientras menos visible seas, mejor.

Pero la invisibilidad ya no era opción. Mi nombre estaba en todos lados. Antiguos compañeros de la Fiscalía daban entrevistas hablando de mí —algunos bien, la mayoría mal—. Rodolfo Cisneros dijo en televisión que yo siempre había sido "conflictivo" y "poco confiable". Mónica Inclán, la secretaria, lloró frente a las cámaras diciendo que Estrada era "un hombre honorable" que había sido "difamado cruelmente".

El aparato de descrédito funcionaba a toda máquina.

Pero también había apoyo. Organizaciones civiles nos respaldaban. Otros periodistas seguían la investigación. Académicos escribían columnas analizando el caso. Y lo más importante: la gente común parecía creer nuestra versión.

Las encuestas mostraban que el 67% de la población pensaba que Estrada no se había suicidado. Y el 71% creía que había una red de corrupción protegida desde el gobierno federal.

Era un pequeño triunfo. Pero Gabriel me recordaba constantemente que la opinión pública era volátil.

—Hoy somos héroes —me dijo una tarde mientras revisábamos comentarios en redes sociales—. Mañana pueden olvidarse de nosotros si surge un nuevo escándalo. Tenemos una ventana pequeña. Y tenemos que usarla bien.

La cuarta entrega se publicó una semana después. Esta vez Gabriel se enfocó en las empresas fantasma. Nombres completos, direcciones fiscales falsas, esquemas de lavado de dinero. Pero lo más impactante fue un gráfico que mostraba las conexiones: líneas que iban desde las empresas hacia funcionarios públicos, políticos, empresarios. Una red perfecta de complicidad.

Y en el centro, siempre presente pero nunca completamente visible: Américo Solís Gamboa.

Gabriel lo llamó "el arquitecto invisible".

"No es un hombre," escribió. "Es una función. Un método. La manera en que el crimen organizado y el poder político se fusionan sin dejar huellas evidentes. Puede que Américo Solís Gamboa sea una persona real, o puede que sea un nombre usado por varias personas. Lo que importa no es el individuo, sino el sistema que permite que exista."

Esa noche, después de la publicación, Gabriel y yo cenamos en un restaurante cerca de las oficinas de El Nacional. Era la primera vez en semanas que salíamos en público. Lucía había insistido en que nos acompañara un guardia de seguridad —un hombre corpulento llamado Efrén que se sentó en la mesa de junto y no dejó de mirarnos—.

—¿Crees que lo vamos a encontrar? —pregunté—. ¿A Américo?

Gabriel tomó un trago de cerveza.

—Honestamente, no. Creo que es como perseguir un fantasma. Pero no importa. Lo que importa es dismantelar la red. Si atrapamos a suficientes piezas, el sistema se debilita. Y tal vez, solo tal vez, la siguiente generación de Jovas tenga menos obstáculos.

—¿Eso te parece suficiente? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

—Tiene que serlo. Porque es lo único realista. —Me miró con esa franqueza brutal que lo caracterizaba—. Marcos, tú y yo no vamos a cambiar el país. No vamos a derrotar la corrupción. Lo que podemos hacer es arañar, morder, hacer suficiente ruido para que algunos caigan. Y eso, en un país como el nuestro, ya es ganancia.

—¿Y si no cae nadie importante?

—Entonces al menos dejamos constancia. Y eso tiene valor.

Dos semanas después, la comisión especial dirigida por Leopoldo Andrade presentó sus primeros resultados.

Habían arrestado a cinco personas: tres funcionarios menores del puerto de Altamira, un contador de una de las empresas fantasma, y un abogado que había firmado contratos fraudulentos. Todos peces pequeños. Todos prescindibles.

No mencionaron a Américo Solís Gamboa.

Cuando le preguntaron en conferencia de prensa sobre él, Andrade respondió con evasivas:

—Ese nombre aparece en algunos documentos, pero no hemos encontrado evidencia suficiente para emitir una orden de aprehensión. La investigación continúa.

Gabriel vio la conferencia en la redacción de El Nacional. Cuando terminó, aventó el control remoto contra la pared.

—Hijos de puta. Lo están protegiendo.

—¿Qué esperabas? —dijo Bernardo—. Nunca iban a tocar a los verdaderos responsables.

—Entonces ¿para qué hicimos todo esto? ¿Para qué arresten a cinco pendejos que van a salir libres en seis meses?

—Lo hicieron para que la gente supiera. Y para que quedara registro. Y sí, también para que algunos pagaran. No los que quisieras, pero algunos.

Gabriel se dejó caer en una silla.

—Esto es una mierda.

—Sí —dijo Bernardo—. Pero es la única victoria posible en este sistema.

Esa noche Gabriel y yo nos emborrachamos en su departamento prestado. Era la primera vez que lo veía verdaderamente derrotado.

—Perdí a mi hermano por esto —dijo con la voz pastosa—. Perdí amigos. Perdí años de mi vida. ¿Y para qué? Para que atrapen a cinco nadie y el verdadero culpable siga ahí afuera, riéndose.

—Pero Jova...

—Jova está muerta, Marcos. Y nosotros seguimos vivos. ¿Sabes qué es eso? Es la paradoja del sobreviviente. Los que deberían estar aquí celebrando están muertos. Y nosotros, que seguimos respirando, tenemos que vivir con la culpa de no haber hecho suficiente.

No supe qué responder.

Al día siguiente, sobrios y con resaca, Gabriel escribió la quinta y última entrega.

La tituló: "La paradoja de Altamira: cuando ganar es perder y sobrevivir es culpa".

No era un artículo periodístico tradicional. Era casi un ensayo. Un análisis de por qué casos como este nunca se resuelven completamente. De por qué el sistema está diseñado para proteger a los poderosos. De por qué los Jovas y los Esteban Loeras mueren mientras los Américos siguen operando.

Y terminaba con una pregunta:

"¿Valió la pena? Jova Naredo pagó con su vida por intentar hacer lo correcto. Dionisio Estrada, cómplice o cobarde, también murió. Esteban Loera desapareció. Y los verdaderos arquitectos de esta red siguen libres, cambiando de nombre, moviéndose a otros puertos, perpetuando el saqueo. Entonces, ¿valió la pena? La respuesta es sí. Porque aunque no ganamos, tampoco perdimos completamente. Porque ahora ustedes saben. Y saber es el primer paso para que algún día, tal vez, las cosas cambien de verdad."

El artículo se publicó un lunes.

Para el miércoles, ya nadie hablaba de Altamira. Un nuevo escándalo había surgido en otro estado. Una masacre, un video viral, algo más urgente que reclamaba la atención del país.

Así funciona la memoria pública: una semana eres noticia, la siguiente eres historia antigua.

Gabriel lo aceptó con resignación.

—Así es esto. Tres semanas de furia y después nada. Pero al menos está documentado. Está en el archivo. Y cuando alguien busque información sobre corrupción portuaria, o sobre Américo Solís Gamboa, va a encontrar nuestro trabajo.

—¿Eso es suficiente?

—Tiene que serlo.

Un mes después del último artículo, Lucía me llamó a su oficina.

—Tengo noticias. La Fiscalía retiró todos los cargos en tu contra. Oficialmente ya no eres sospechoso de nada. Y más importante: te ofrecen reinstalarte en tu puesto.

—¿Qué?

—Sí. Con pago retroactivo y disculpas institucionales. Aparentemente la presión pública funcionó. Quieren hacer las paces.

—¿Y si digo que no?

—Entonces te quedas sin trabajo y sin ingresos. Pero es tu decisión.

Lo pensé durante días.

Volver a la Fiscalía significaba regresar al mismo edificio donde todo había empezado. A los mismos pasillos grises, al mismo olor a tinta barata. A ser invisible de nuevo.

Pero también significaba seguridad. Un sueldo. Una pensión eventualmente.

Gabriel me dio su opinión sin que la pidiera:

—No vuelvas. Ese lugar te va a matar el alma. Ya no eres el mismo Marcos que entró ahí hace veintitrés años. Si regresas, van a intentar convertirte en eso otra vez.

—¿Y qué hago? No sé hacer otra cosa.

—Aprende. Mierda, Marcos, tienes cincuenta años. Todavía tienes tiempo. Puedes ser consultor, investigador privado, lo que quieras. Solo no regreses a ese sótano.

Pero yo no era como Gabriel. Yo no tenía trece casos resueltos ni un nombre reconocido. Yo era un archivista. Un burócrata. Alguien cuya única habilidad era moverse silenciosamente entre papeles.

Al final acepté la oferta.

Regresé a la Fiscalía un martes lluvioso de noviembre.

Los pasillos seguían siendo grises. El olor seguía siendo el mismo. Pero yo ya no era invisible.

Cuando pasaba, la gente bajaba la mirada. Algunos susurraban. Nadie me hablaba directamente. Era como si fuera un fantasma, pero esta vez no por elección, sino por exclusión.

Rodolfo Cisneros ni siquiera me saludó el primer día.

Me asignaron de nuevo al archivo central, pero ya no estaba solo. Habían contratado a dos personas nuevas, jóvenes, que me miraban con una mezcla de curiosidad y temor.

—¿Es verdad que usted denunció a Estrada? —me preguntó uno de ellos el tercer día.

—Sí.

—¿Y es verdad que lo mataron por eso?

—No lo sé. Pero no fue suicidio.

El muchacho asintió y no volvió a preguntar.

Las semanas pasaron. Volví a mi rutina de siempre: trasladar expedientes, sellar documentos, archivar carpetas. Pero todo se sentía diferente. Vacío.

Jova no estaba. Su oficina ahora era ocupada por alguien más, un hombre de cuarenta años que nunca hacía preguntas incómodas.

Gabriel y yo seguíamos en contacto, pero cada vez menos. Él había empezado otra investigación, esta vez sobre desapariciones en Guerrero. Yo volvía cada noche a mi departamento, veía televisión, y me dormía con la sensación de haber traicionado algo que no podía nombrar.

Tres meses después de mi regreso, recibí un sobre en mi escritorio.

No tenía remitente. Solo mi nombre escrito con letra que no reconocí.

Adentro había una fotografía.

Era de Jova y yo, tomada esa noche en su oficina cuando me mostró los documentos por primera vez. Alguien nos había fotografiado a través de la ventana. Y detrás de la foto había una nota manuscrita:

"Todavía estamos aquí. Todavía los vemos. No olviden que la paz que tienen es prestada."

No había firma.

Le mostré la foto a Gabriel esa misma tarde. Nos encontramos en el Café Macondo, como la primera vez.

—Es un recordatorio —dijo Gabriel—. Para que sepas que no han olvidado. Que en cualquier momento pueden volver.

—¿Qué hago?

—Nada. Sigues con tu vida. Sigues siendo cuidadoso. Y si vuelven a amenazarte, me llamas.

—¿Y si te llamo y ya es tarde?

Gabriel sonrió tristemente.

—Entonces al menos dejamos una buena historia.

Esa noche, de regreso a casa, pensé en la paradoja que Gabriel había mencionado. La paradoja del sobreviviente.

Jova había muerto haciendo lo correcto. Estrada había muerto por cobarde. Esteban Loera probablemente también estaba muerto.

Y yo seguía vivo.

Pero ¿qué significaba estar vivo cuando habías visto demasiado? ¿Cuándo sabías que el sistema que denunciaste seguía intacto, apenas arañado, listo para regenerarse?

Llegué a mi departamento y prendí la televisión. Las noticias hablaban de otro escándalo de corrupción en otra ciudad. Otro fiscal señalado. Otras empresas fantasma. Otros nombres que no llegarían a juicio.

Apagué la televisión.

Me senté en la oscuridad y pensé en una frase que Gabriel me había dicho semanas atrás:

"No vamos a derrotar el mal. Pero podemos hacerle la vida más difícil."

Era cierto.

No habíamos ganado. Américo Solís Gamboa seguía libre. La red seguía operando. Los poderosos seguían protegidos.

Pero Jova ya no era solo una estadística. Su nombre estaba en artículos, en documentales, en la memoria de miles de personas. Su valentía había quedado registrada.

Y eso, tal vez, era lo único que podíamos hacer: dejar constancia.

Para que cuando viniera la siguiente Jova —porque siempre hay una siguiente—, supiera que no estaba sola. Que otros lo habían intentado antes. Que la lucha era posible, aunque no fuera victoriosa.

Me levanté y fui al clóset. Saqué la caja de herramientas donde había escondido el sobre de Jova aquella noche.

Estaba vacía ahora. Los documentos habían cumplido su propósito.

Pero guardé la foto que me habían enviado hoy. La puse en la caja.

Algún día, pensé, alguien encontraría esto. Y sabría que aquí hubo una historia. Que hubo gente que intentó hacer lo correcto. Que algunos murieron en el intento y otros sobrevivieron con culpa.

Y tal vez eso bastaría.

Cerré la caja y la volví a guardar.

Mañana volvería a la fiscalía. Volvería a ser invisible. Volvería a mover papeles de un lado a otro.

Pero esta vez sería diferente.

Porque ahora sabía que la invisibilidad no es cobardía.

Es estrategia.

Y cuando llegara el momento —si llegaba—, volvería a romper ese silencio.

Porque eso es lo que hacen los sobrevivientes: siguen adelante, cargando con sus muertos, esperando la siguiente oportunidad de hacer algo que importe.

Aunque sea solo un poco.

Aunque no sea suficiente.

Aunque solo sea arañar.

Epílogo

El guardián incómodo

Dos años después.

El archivo central de la Fiscalía General de la República huele igual que siempre: a tinta vieja, humedad y olvido. Algunos días pienso que este olor es el verdadero olor de la justicia en México. No el de los tribunales relucientes ni el de los discursos oficiales. Sino este: el olor de expedientes que nadie lee, de casos que nadie resuelve, de verdades que se archivan hasta que se pudren.

Hoy es viernes. Son las cinco y media de la tarde y todos se han ido ya. Rodolfo Cisneros salió corriendo a las cinco en punto, como siempre, sin despedirse. Los dos muchachos jóvenes que contrataron —Iván y Perla— se fueron hace media hora. Solo quedo yo, como en los viejos tiempos, ordenando los expedientes del día.

Pero hay una diferencia.

Ahora, cuando ordeno, leo.

No todo. Sería imposible. Pero cuando veo algo que parece raro —una carpeta demasiado delgada para el tipo de caso que dice investigar, un expediente cerrado demasiado rápido, nombres que se repiten en lugares donde no deberían—, tomo nota.

Tengo un cuaderno. De pasta dura. Letra pequeña y precisa.

Como el de Jova.

No sé si algún día haré algo con esa información. Probablemente no. Pero la guardo. Por si acaso. Por si alguien la necesita algún día.

Por si viene otra Jova.

Gabriel me llama cada dos o tres semanas. Siempre con el mismo pretexto —"¿cómo vas?", "¿todo tranquilo?"—, pero ambos sabemos que realmente pregunta: ¿sigues vivo? ¿Te han amenazado? ¿Hay algo nuevo?

La última vez que hablamos fue hace cinco días. Me contó que estaba trabajando en un caso de trata de personas en la frontera norte. Otro monstruo de mil cabezas. Otro caso que probablemente termine en victorias parciales y culpables que se escapan.

—¿No te cansas? —le pregunté.

—Todos los días. Pero si me detengo, ¿qué hago? ¿Me voy a vivir a una playa y finjo que no sé lo que sé? No puedo, Marcos. Ya estoy demasiado adentro.

—Yo también.

—Lo sé. Por eso seguimos siendo amigos.

Colgamos con la promesa de vernos pronto. Una promesa que hacemos siempre y que casi nunca cumplimos. Porque Gabriel vive en la carretera, persiguiendo historias, y yo vivo aquí, en este sótano, esperando.

De Américo Solís Gamboa no se supo más.

El nombre desapareció de los medios. De las investigaciones oficiales. Como si nunca hubiera existido. Gabriel dice que probablemente cambió de identidad, que ahora opera bajo otro nombre en otro puerto. O que está fuera del país, moviendo los hilos desde lejos.

O que nunca fue una persona real, sino un método. Una forma de operar. Y que mientras el sistema siga siendo el mismo, siempre habrá un Américo.

Los cinco funcionarios que arrestaron salieron libres a los dieciocho meses. Amparos, tecnicismos legales, errores de procedimiento. Lo usual. Ahora seguramente están trabajando en otros lugares, haciendo lo mismo, con otros nombres.

El caso de Altamira quedó oficialmente cerrado hace un año. "Resuelto satisfactoriamente", según el comunicado oficial. Diecisiete personas procesadas —la mayoría por delitos menores—, tres sentencias, y un discurso del fiscal general sobre "el compromiso inquebrantable de esta institución con la legalidad y la transparencia".

Nadie mencionó a Jova Naredo en ese discurso.

Pero su nombre sigue vivo en otros lados.

Una universidad en Veracruz nombró un premio de periodismo de investigación en su honor. Una organización de derechos humanos la incluyó en una lista de "Defensores caídos". Y Gabriel escribió un libro sobre el caso que se publicó el año pasado.

Se llama "Los Papeles de Altamira: Crónica de una victoria incompleta".

Está dedicado a Jova, a Esteban Loera, y a "todos los que siguen peleando aunque saben que no van a ganar del todo".

Me envió una copia firmada. En la dedicatoria escribió:

"Para Marcos, el hombre que dejó de ser invisible. Gracias por no rendirte."

Guardo el libro en mi escritorio. A veces, en las tardes como esta, cuando todos se han ido, lo abro y leo algunos pasajes. Me reconozco en esas páginas, pero también me cuesta creer que ese Marcos del libro — valiente, decidido— sea yo.

Porque la verdad es que la mayor parte del tiempo sigo siendo el mismo de siempre. Un hombre que mueve papeles. Que sella expedientes. Que archiva carpetas.

La diferencia es que ahora sé lo que significan.

El mes pasado, una muchacha nueva llegó a la Fiscalía. Tiene veintisiete años, se llama Patricia Osuna, y trabaja en la Unidad de Delitos Ambientales. La misma donde trabajaba Jova.

La vi el otro día en el pasillo, discutiendo con su jefe sobre un caso. Los mismos argumentos. La misma indignación genuina en la voz. La misma manera de apretar una carpeta contra el pecho como si fuera lo más importante del mundo.

Me acerqué después, cuando estaba sola sacando copias.

—Disculpe —le dije—. ¿Patricia Osuna?

—Sí.

—Me llamo Marcos Santillana. Trabajo en archivo. Solo quería decirle que si algún día necesita copias, o acceso a documentos viejos, o cualquier cosa... puede contar conmigo.

Me miró con sorpresa.

—¿Usted es Marcos Santillana? ¿El del caso de Altamira?

—Sí.

—Wow. Leí sobre usted. Leí el libro de Gabriel Cardenal. Lo que hicieron fue increíble.

—No fue suficiente.

—Pero fue algo. Y eso importa.

Le sonreí.

—Sí. Supongo que sí.

Nos quedamos callados un momento. Luego ella dijo:

—¿Es verdad que Jova Naredo guardaba todo en un cuaderno?

—Sí. De pasta dura. Letra pequeña.

—Yo también hago eso. —Sacó un cuaderno de su mochila. Pasta dura. Letra pequeña—. Mi mamá me dijo que estaba loca. Que en esta fiscalía eso te puede costar la vida.

—Tu mamá tiene razón.

—¿Y usted qué opina?

La miré un momento. Vi en sus ojos la misma determinación que había visto en Jova. La misma ingenuidad peligrosa. La misma valentía que termina mal.

—Opino —dije lentamente— que si vas a hacer esto, hazlo bien. Guarda copias. Nunca confíes en nadie completamente. Y si algún día sientes que estás en peligro real, no dudes en salir corriendo.

—¿Usted salió corriendo?

—Sí. Y por eso sigo vivo.

Asintió.

—Gracias, señor Santillana.

—Solo Marcos. Y ten cuidado, Patricia.

Se fue con su cuaderno bajo el brazo.

La vi alejarse y sentí ese peso familiar en el pecho. Ese peso de saber que alguien más estaba a punto de meterse en problemas. De saber que probablemente no podría hacer nada para detenerla.

Pero también sentí algo más: esperanza.

Porque mientras haya Patricias y Jovas y Gabrieles, mientras haya gente que siga haciendo preguntas incómodas y anotando verdades peligrosas, el sistema no puede ganar completamente.

Puede aplastar algunos. Puede silenciar a muchos. Pero no puede detener la corriente.

Esa noche, antes de irme, revisé mi cuaderno.

Tenía diecisiete páginas llenas. Nombres, fechas, inconsistencias. Nada tan grave como lo de Altamira, pero suficiente para incomodar a alguien si se hiciera público.

Lo guardé en mi cajón, bajo llave.

Algún día, si es necesario, se lo daré a Patricia. O a Gabriel. O a quien venga después.

Porque eso es lo que hago ahora.

Ya no soy el hombre invisible. Tampoco soy un héroe.

Soy el guardián incómodo. El que sabe demasiado pero no puede hacer mucho. El que archiva las verdades que otros olvidan. El que espera, paciente, a que llegue el momento correcto.

O la persona correcta.

O simplemente espera, porque eso es lo único que puede hacer.

Salí de la Fiscalía a las siete de la noche. Las calles estaban llenas de gente volviendo a casa. Vendedores ambulantes gritando ofertas. Coches tocando el claxon. La ciudad viviendo su caos cotidiano, indiferente a las historias que se esconden en sus sótanos burocráticos.

Caminé hacia el metro. En el camino pasé frente a un puesto de periódicos. Vi la portada de El Nacional:

"Nuevo escándalo de corrupción en puertos del Pacífico"

Sonreí apenas.

Ahí estaba Gabriel otra vez. Arañando. Mordiendo. Haciendo ruido.

Compré el periódico y lo guardé bajo el brazo.

En el metro, sentado entre trabajadores cansados y estudiantes con audífonos, leí el artículo completo. Gabriel nombraba nombres, exponía esquemas, señalaba culpables.

Y al final, en la última línea, había una frase que me hizo cerrar el periódico y mirar por la ventana:

"Esta historia continuará."

Sí, pensé. Esta historia continuará.

Porque siempre continúa.

Llegué a mi departamento. Cené solo, como siempre. Vi las noticias, como siempre. Me dormí con la luz prendida, como siempre.

Pero esa noche tuve un sueño.

Soñé con Jova. Estaba viva, sentada en su oficina, escribiendo en su cuaderno con letra pequeña y precisa. Me veía y sonreía.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté en el sueño.

—Lo mismo que tú. Guardar registro. Dejar constancia.

—Pero tú estás muerta.

—Sí. Pero la historia sigue. —Cerró su cuaderno y me miró—. Gracias por terminar lo que empecé.

—No lo terminé. Américo sigue libre.

—Pero yo ya no soy invisible. Y eso es más de lo que tenía antes.

Desperté con lágrimas en los ojos.

Afuera, la ciudad empezaba a amanecer. Un nuevo día. Nuevos expedientes. Nuevos secretos que alguien intentaría ocultar.

Me levanté, me bañé, me vestí.

Desayuné café negro y pan tostado.

Y salí hacia la Fiscalía.

Porque eso es lo que hago.

Cada día.

Hasta que llegue el momento de volver a ser visible.

O hasta que alguien más necesite un guardián incómodo que les diga:

"Ten cuidado. Guarda copias. Y si necesitas ayuda, aquí estoy."

Fin.

Nota ex post del autor:

Esta historia está basada en hechos reales que ocurren todos los días en México. Los nombres han sido cambiados. Los lugares han sido alterados. Pero la esencia es verdadera.

Hay miles de Jovas muriendo en silencio.

Hay miles de Marcos aprendiendo a ser invisibles.

Y hay unos pocos Gabrieles que siguen arañando.

Esta novela es para todos ellos.

Y para los que vendrán después.

Porque mientras alguien siga preguntando, siga anotando, siga haciendo ruido...

La historia continúa.